DISCURSOS

leídos ante la

REAL ACADEMIA DE CORDOBA, DE CIENCIAS, BELLAS LETRAS Y NOBLES ARTES

en la recepción pública

del Doctor

DON ENRIQUE LUQUE Y RUIZ

12 ABRIL 1973

BRAC, 92 (1972) 5-59

Censado en la Real Academia de Córdoba.

Córdoba, 22 de enero de 1973
El Censor,
José Valverde Madrid

Discurso del Dr. D. Enrique Luque y Ruiz, en su ingreso como Numerario en la Real Academia de Córdoba el 12 de abril de 1973.

BRAC, 92 (1972) 5-59

BATALLA DE POITIERS

Como el niño que se deslumbra contemplando los juguetes sin saber cuál elegir, así me ha ocurrido con nuestra Real Academia. Admiraba sus sesiones por ser un intercambio fervoroso e ilusionado del movimiento cultural de Córdoba, manteniendo el interés histórico y de investigación, en altura a veces deslumbrante. De no haber existido esta inhibición, a buen seguro que cualquiera de los motivos que he publicado, pulido y aquilatado, hubiera cumplido honorablemente este cometido. La incertidumbre y el agobiante trabajo que ocupaba todo mi tiempo, inclusive las horas de descanso, lo fueron demorando. Sirva esto de atenuante.

* * *

Pero en el escaso tiempo libre de que disponía, elevaba un recuerdo justo, al académico cuyo sillón habría de ocupar: Don Federico de Chaves y Pérez del Pulgar, Conde de Casa Chaves, de ilustre prosápia y gran capacidad científica Hizo el estudio mineralógico de la provincia de Córdoba, publicando muchos trabajos, la mayoría en el Boletín de nuestra Real Academia. Fundó el Museo Provincial de Minerología.

* * *

No puedo olvidar en el día de hoy, el eximio Presidente que tuvo la atención de designarme académico, don Manuel Enríquez

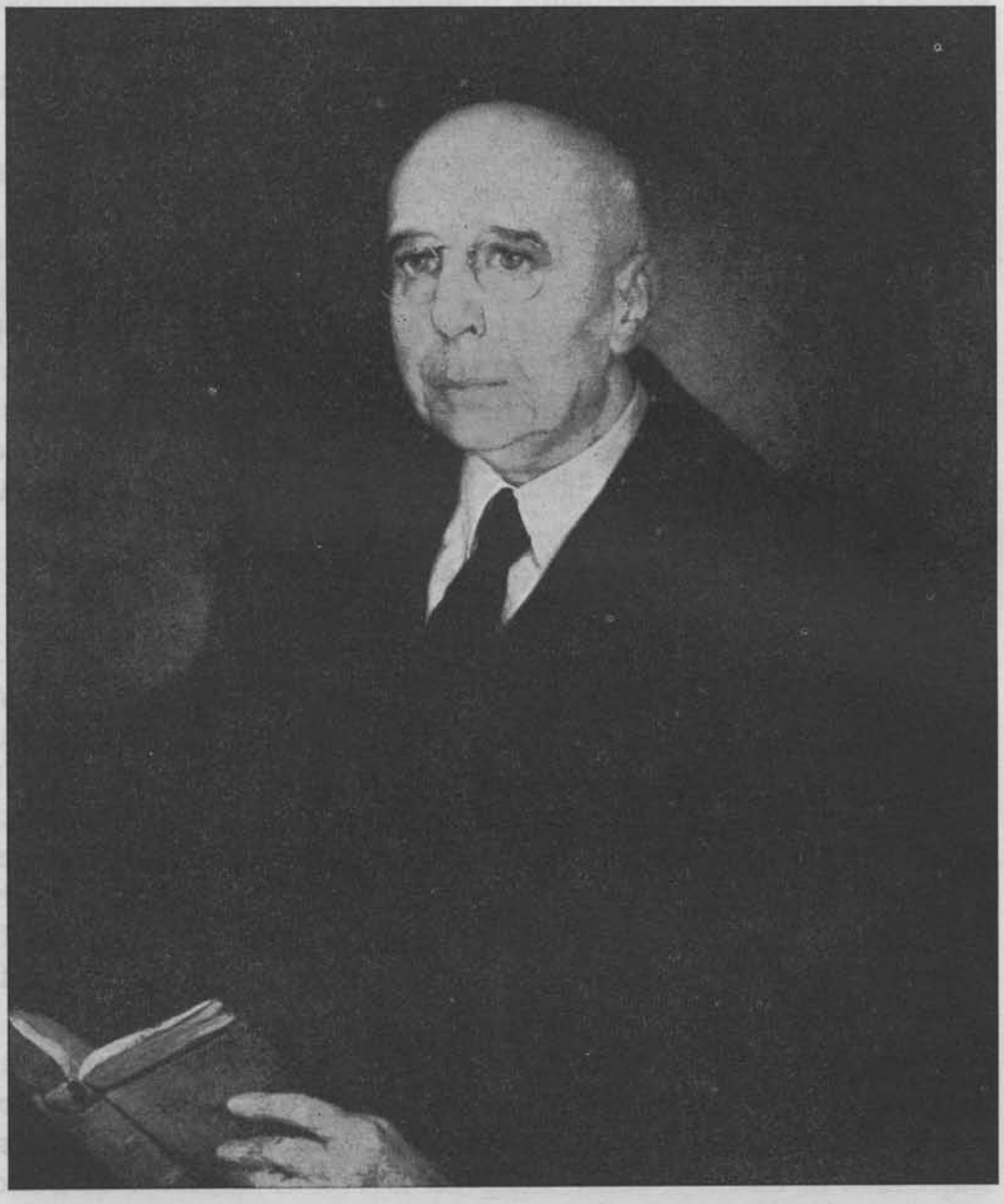
Barrios, gran tribuno, cuya verdadera vocación al profesorado truncó la política, sin menoscabo de vivir con la elegancia y elevación espiritual que le correspondía. Hay un retrato de Pellicer, donde el gran pintor supo captar la sensación inmaterial que muchos habíamos percibido al hablar con don Manuel, pareja de su alma noble y bondadosa, que acertó a relatar magistralmente el Rvdo. P. Fernández Cuenca, S. J., en su inspirada carta: "Ha sabido poner junto al Sagrario, el ramo de siemprevivas de su vida ejemplar, donde la humildad y sencillez eran virtudes innatas en su alma. Universalmente estimado, querido y admirado, daría el hecho real de su faceta humana, pero sólo dentro de horizontes de tierra, dejando como perdido en la lejanía lo más sustantivo que había en él: los esplendores de su vida sobrehumana, el vivir sobrenatural de su alma y de su corazón".

* * *

Con diversos motivos, hubimos de atender a don Carlos Blanco Soler: conferencia en la Diputación Provincial, preparación y asistencia al Congreso Hispano-Luso de Endocrinología, etc. Su deseo de visitar Medina Azahara, se vió complacido con la generosidad de nuestro Director actual, don Rafael Castejón, que impresionó la exquisita sensibilidad del Dr. Blanco Soler, porque al día siguiente comentaba entusiasmado: "Esto no es ver, sino tomar por asalto a Medina Azahara".

Sus visitas a Córdoba, fueron seguidas de una serie de artículos aparecidos en ABC de Madrid, sobre Córdoba Arabe, que nos deleitaron por la originalidad de sus temas y por la elegancia y claridad de su prosa, porque al Dr. Blanco Soler le sobraban cualidades para expresar galanamente su admiración.

Fue nombrado Académico Correspondiente de esta Real Academia. Poco tiempo después, me comunicaba que para el Otoño de 1962, tenía el propósito de exponer interesantes consideraciones de la Batalla de Poitiers. Esto hubiera sucedido en octubre de 1962, pero en mayo de dicho año, se celebró en ésta, el Congreso Hispano-Portugués de Endocrinología, y justamente en la Arruzafa, apareció la primera manifestación de aquella enfermedad, que en tan breve plazo doblegaría una voluntad firme y ejemplar, que hasta en sus últimas cartas y días, tuvo palabras de recuerdo, amistad



Excmo. Sr. Don Manuel Enríquez Barrios
Oleo de Rafael Pellicer

(Foto Studio Jiménez)

y nostalgia, que nunca olvidaremos. "Madrileño castizo, siempre con la ilusión de que su última morada estuviese en un sitio donde luciese el sol y hubiere perfume de flores" (Alvarez Sierra).

El discurso inaugural de aquel Congreso, que tengo la satisfacción de conservar, corregido personalmente, es un modelo de galanura y de elogios a Córdoba, que no ha tenido la difusión que merecía, en nuestro propio interés

Nos hemos quedado sin saber lo que pensaría el Ilustre Doctor Blanco Soler, de esta significada Batalla de Poitiers, aunque sospechamos, como es regla general, estimaría que el interés histórico de la misma se encajó en la medida considerada útil, posiblemente uno o dos siglos después, para exaltar el prestigio de la dinastía corolingia. Por ello, al recuerdo de este académico ilustre, dedicamos nuestras mal hilvanadas cuartillas de Poitiers, como expresión de mi gran afecto.

* * *

Nada nuevo pretendo decir. Sólo intento hacer una revisión, contando con vuestra benevolencia, que pueda servir de estímulo para poner en marcha a investigadores capaces de beber en las fuentes primitivas, quizá repartidas y ocultas entre la multitud de abadías y monasterios que quedaron en pié, reflejándose sin duda en las páginas de sus cronicones, la realidad de los hechos teñidos de terror. A Córdoba, capital de aquél imperio califal, llegarían las primicias de todos estos sucesos y de ella partirían órdenes hacia los principales núcleos de combate.

Poitiers es la capital del departamento de Viennes, sobre una colina a la que rodean el Clain y su afluente el Boivre que con Vendée Deux Gévres y una pequeña parte de los de Charente Maritime, de Indre y Loira, integran la región histórica de Poitou, encontrándose situada entre el macizo Armoricano al Noroeste, el macizo central al Sureste y el Océano Atlántico al Oeste El carácter general del terreno, es el de una gran llanura, adaptándose perfectamente a los movimientos de los ejércitos de la época, sobre todo de la caballería.

De las ciudades más importantes, quizá sea Poitiers, la que tenga mayor número de habitantes (70.681). Le sigue Miort (37.502) y La Roche Sur Yon (24.019).

Excmo. Sr. Don Carlos Blanco Soler

Desde fines del siglo VI hasta comienzos del VIII el Poitou tuvo favorables condiciones de vida, como lo demuestra los apogeos de la escultura funeraria, conservados algunos en el baptisterio de San Juan, de Poitiers, cuyo origen parece ser del siglo VII. La Galia merovingia, utilizó una arquitectura religiosa que continuaba o imitaba más o menos exacta y habilidosamente la del bajo imperio y que persistió durante la época merovingia.

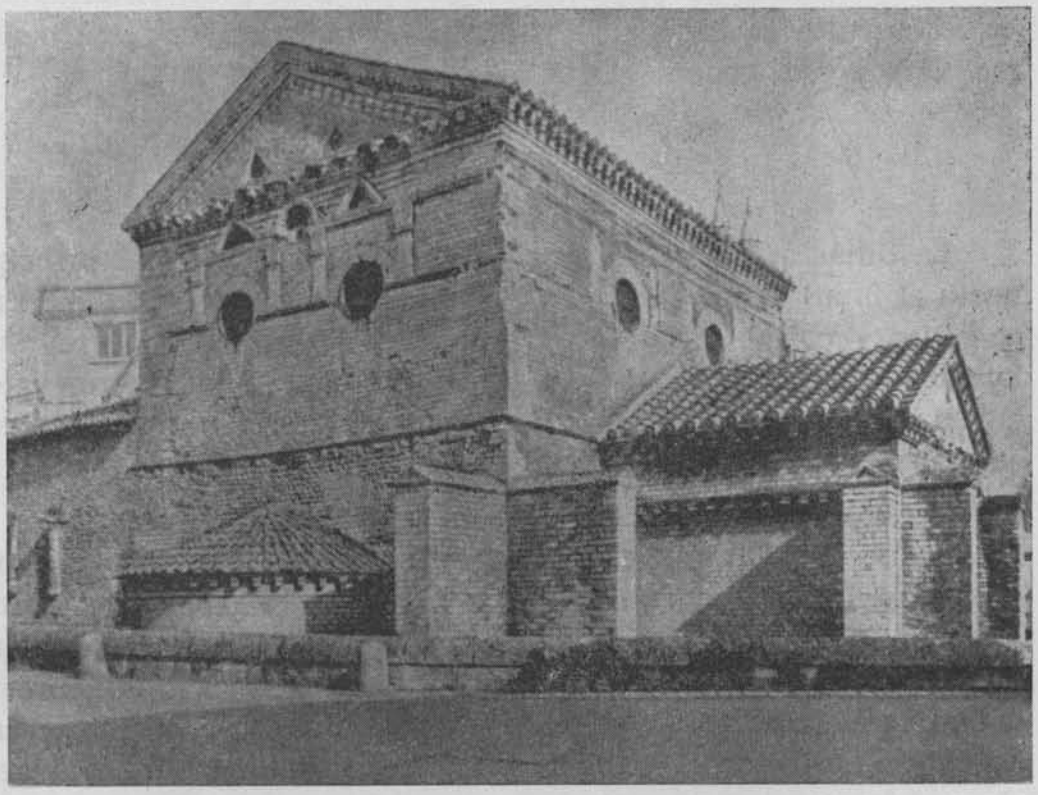
Tres batallas famosas se han librado en los alrededores de Poitiers: La primera, en el año 507: Clodoveo y sus francos contra los visigodos, en la cual el primero mató por propia mano a Alarico II, añadiendo Aquitania a sus dominios.

La segunda, la de Abderramán Al-Gafekí, que es la que nos interesa (114/732), quedando en ella perfectamente definido el binómio Al-Ganima Wa-l-Chiad, sinónimo de motín y Guerra Santa

Y la tercera, librada por el Príncipe Negro (1330-1376), hijo de Eduardo III de Inglaterra. Fue trasladada intencionadamente la guerra al Sur de Francia, para arrebatar a los franceses esta región extraordinariamente rica, e iniciar la experiencia de un raro principado de Aquitania, totalmente separado del reino de Francia, sometido a la corona inglesa, ensayo que duró escasamente 8 o 10 años. En este momento aparece el Príncipe Negro, con la aureola que ya le había distinguido en la batalla de Crecy. Partiendo de Burdeos, marchó por Aquitania y Toulouse hasta Nan Narbone, llegando al Mediterráneo (1355). Al año siguiente, por el Limousin, El Berry y Touraine, alcanzando el Loira, delante del ejército franco que se aproximaba. Cruzó el Poitou, pero el enemigo, superior en número, le detuvo cerca de Manpertuis o de Poitiers (1356), librándose la batalla decisiva. En posición sólida y resguardados, los arqueros ingleses aniquilaron al ejército de los caballeros francos, que lanzaron una tras otra impetuosas oleadas y, aunque infructuosas, sirvieron para escribir una página de gloria, al teñir con su sangre el campo de batalla. El Rey Juan en persona y uno de sus hijos, cayeron en poder de los ingleses. Triunfadores, entraron en Londres Eduardo III y el Príncipe Negro, al año siguiente.

Del siglo VIII al X, Europa rompió todos los lazos con la cultura antigua, encontrándose en general dominada por una aristocracia inculta y turbulenta, sometida a los placeres más groseros.

Nuestro propósito es exponer someramente las condiciones



POITIERS. Baptisterio de San Juan

que rodearon a ambos ejércitos, hasta llegar a la batalla decisiva. Finalizaremos con el desenvolvimiento de los grupos árabes que asolaron largo plazo las tierras del Sur de Francia.

No fue la retirada de Poitiers el final de las invasiones árabes, aunque sí debemos reconocer que a partir de la muerte de Abderramán al Gafequi, cambió por completo la táctica, transformándose en incursiones de castigo y razzias, lo que antes tenía todas las características de operaciones guerreras de gran envergadura, perfectamente meditadas y organizadas, cuando no controladas inclusive por el poder central.

* * *

La dinastía merovingia es pobre y oscura, desde el principio hasta el final, desde Meroveo que tomó parte al frente de los franco-galios y posible origen de su nombre, hasta los célebres reyes holgazanes, que parecen ser los últimos destellos merovingios, cuyos reinados pasaron en el mayor silencio, cuando no eran conocidos por su crueldad o por sus crímenes

Refiere Guizot aquella frase célebre de Napoleón, dicha en la soledad y el cansancio, de que cuesta mucho, poder ocupar media página de la historia universal, porque sólo tienen acceso a ella los privilegiados por su inteligencia, bondad y excepcionalmente por sus crueldades. O como se puntualiza actualmente: si los nombres han sobrenadado en el mar del tiempo, es que se han acogido no a los reyes de la tierra, sino a los reyes de la inteligencia y del arte.

La dinastía merovingia reinó 241 años, desde el 511 al 725, fecha de su advenimiento. Veintiocho reyes se sucedieron en este plazo, realizando multitud de combinaciones. Reinados figurativos, ya que el verdadero poder real, estaba en manos de los mayordomos de palacio, sobre todo de una familia austrasiana, que daría a su patria uno de los caudillos más admirados y respetados.

La Galia meridional, constituída por la Aquitania, la Vasconia y la Narbonesa o Septimania, así como las orillas del Ródano, no entraban en el reparto de bienes en la herencia de estas familias reales, por desgracia tan frecuentes, ya que eran florones que se reservaban para todos ellos, como aquél distrito del Sur del Garo-

LOS MEROVINGIOS

na o de las riberas del Mediterráneo, que constituían preseas tan estimadas como algunas de las joyas o muebles riquísimos, a los que eran tan aficionados.

La antigua Galia, quedó dividida a la muerte de Glodoveo, en los dos grandes grupos que señalarían ya una división territorial: Austrasia (Oster reich) reino del Este, situada más o menos entre el Mosela y el Meno, con predominio de población germana, y Neustria (Neoester reich) entre el Loira y el Mosa, con población y cultura romanas; además de la Borgoña.

Un hermano de Gontrán, Cariberto, fue rey de Aquitania (entre el Garona y Loira) y con el título de ducado se mantuvo hasta el 768, en que murió Waifre. Desde esta fecha, la Austrasia fue gobernada por los Mayordomos de palacio, Pipino de Heristal y sus descendientes que, deseando no romper con la tradición, mantuvieron en el trono de Neustria, a los desdichados descendientes de Clodoveo. Las grandes fiestas o acontecimientos familiares, eran verdaderamente fastuosos y a expensas casi siempre del pueblo, que con ello se obligaba a un verdadero sacrificio.

A pesar de las contínuas desmembraciones y de los constantes cambios de dueños de los estados, como ya hemos indicado, se mantenía la monarquía como una verdadera unidad, cuya idea política había presidido siempre el desarrollo de estos pueblos, en los que las disenciones y venganzas recaían siempre y fundamentalmente en el seno de una misma familia.

El proceso matrimonial de Recaredo, hijo de Leovigildo, con Rigunda, hija de Chilpérico (fines del siglo VI), es un episodio interesantísimo, descrito en todas las historias de los godos y últimamente con amplios detalles por E. A. Thompson, en la obra de los Godos en España. El relato de sus vicisitudes, no nos interesa por ahora.

Lo que verdaderamente presidía la vida de estos reyes, era la pasión desenfrenada por las joyas y las piedras preciosas, brillando estas últimas en los tahalíes y en los cinturones de oro de los empleados y de las mujeres de palacio. Reyes y cortesanos vestían ricas y finas sedas de la China, traídas por mercaderes de Asia a la Galia y pagadas a precios fabulosos. Dagoberto, ocupaba en las grandes solemnidades un espléndido trono de oro macizo, cuajado de piedras preciosas y labrado por San Eligio (San Eloy) galo, de la primera Aquitania, discípulo de Abdón, excelente platero

Francia en la época Merovingia

y orífice en cuyo arte destacó, granjeándose la simpatía y confianza de Bobón, tesorero de Clotario II y después de su hijo Dagoberto, de los que, además se ganó la admiración y cariño, por su vida ejemplar de caridad y supertécnica (Patrono de nuestros orífices, tan numerosos en Córdoba). Entregó numerosos trabajos a estos dos reyes carolingios: dos sillas-tronos de oro y piedras preciosas, habiéndose conservado hasta 1936 el famoso cáliz de Chelles ornamentado con esmaltes muy bellos de forma geométrica, hasta que fue destruído en la revolución, conservándose sólo un antiguo grabado.

Su vida está jalonada de milagros: vitales unos y profesionales otros. Se ha referido siempre entre nuestros orífices que, según la tradición, le bastó una onza de oro para hacer una custodia, logro que consiguió tan sólo moviendo el crisol con un dedo de su mano, para conseguir toda la cantidad de oro necesaria.

Hizo relicarios de oro, plata y piedras preciosas para los santos Quintino, Germano, Severino, Platón, Luciano, Columna, Colombia, Máximiano, etc., sobresaliendo el de San Martín, Obispo Turonense.

Por decaído que se hallase el gusto artístico de los antiguos, la posesión de sus joyas seguía halagando el orgullo y la vanidad de los conquistadores bárbaros.

Cuando el rey Chilperico entregó su hija a los embajadores godos de Recaredo, de España, les fueron regalados grandes tesoros a los que su madre Fredegunda añadió cantidades fabulosas de oro y plata capaces de llenar cincuenta carros, con los que se sorprendió el propio rey, contestando ella con rapidez y soltura al pueblo y a su marido, que aquellas joyas eran regalos privados de su señor el rey y otras adquiridas con su trabajo y habilidad personal; argumentos falsos, para resolver elegante y cínicamente la situación, convenciendo al rey y al pueblo.

Esta verdadera y fastuosa exhibición, excitaría lógicamente la codicia de algunos del séquito, promoviendo la huída de los envidiosos, junto al botín que habían podido separar. La pasión sin límites por los tesoros, era una de las principales causas que motivaba el deseo de ocupar el trono. Por ello, de ocho monarcas visigodos que tuvieron su sede en Tolosa, sólo dos murieron de muerte natural y el resto asesinados: vicisitudes detalladas a lo largo de la obra de Gregorio de Tours, cronista providencial y

DEL PACTO DE ANDELOT A LA MUERTE DE DAGOBERTO (587-639)
INICIO DE LA DECADENCIA DE LOS MEROVINGIOS
El reparto de Andelot (587):
Reino de Gontrán (561-593)
Reino de Khildeberto II (575-593)
Reino de Clotario II (584-629)
Reino de los francos reunificado bajo Dagoberto (629-639)
Territorios definitivamente autónomos o independientes a la muerte de Dagoberto
Principales batallas
Frisones
Sajones
Turingios
Sorabos
Elba
Eger
Eslavos (o Vendos)
Austrasia
Francia
Neustria
Bretaña
Alamanes
Baviera
Carantania
Ávaros
Aquitania
Burgundia
Provenza
Lombardos
Bizantinos
Vascos
Gascones
Visigodos
Maastricht
Colonia
Tournai
Landen
Zulpich (Tolbiac)
Cambrai
Vogastisburg
532: tentativas de Dagoberto de conquistar el reino eslavo de Samo
Rouen
Noyon
Soissons
Reims
Metz
Saint-Denis
París
Ratisbona
Augusta
Lorch (Lauriacum)
Tréguier
Léon
Avranches
Étampes
Toul
Andelot
Dormelles
Vannes (Veneti)
Orléans
Auxerre
Luxeuil
Basilea
St Gall
Loira
Tours
Poitiers
Autun
Avenches (Aventicum)
Cividale
Aquileia
Oderzo
Sion
Lyon
Milán
Monza
Pavia
Po
Limoges
Burdeos
Garona
Bobbio
Génova
Ravena
Ródano
Avignon
Nimes
Arles
Marsella
Tolosa
Narbona
Long. E 10 de Gr.

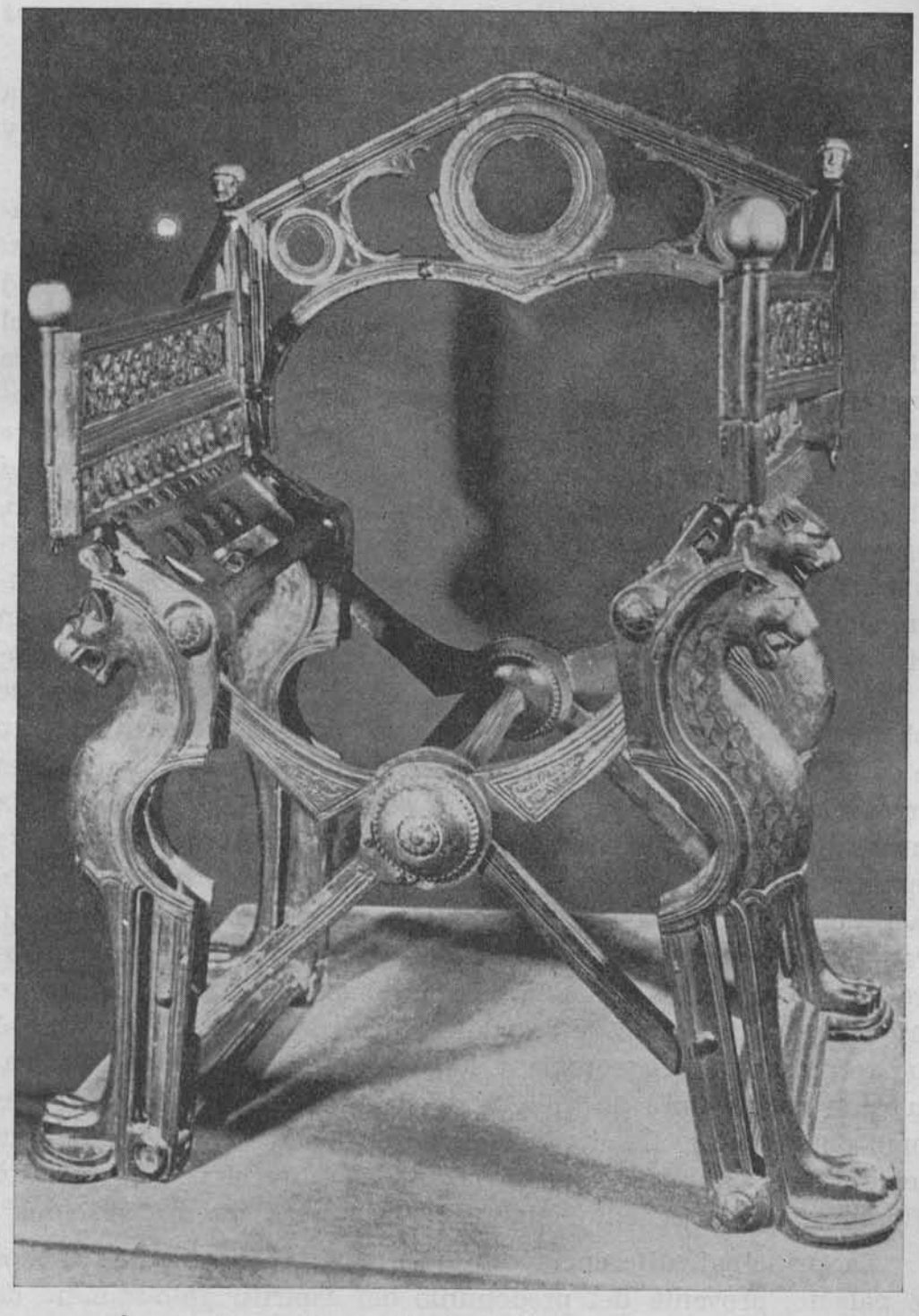
ecuánime, testigo más o menos directo de la mayoría de los hechos, ya que a través de sus crónicas, se han podido llegar a conocer detalles de estos reinados, envueltos en el silencio, en la arbitrariedad o en el crimen.

La disciplina brillaba por su ausencia y la situación en tiempo de Gregorio de Tours venía a ser la que reflejaba en sus escritos: ¿Qué podemos hacer? Nadie teme a su rey ni a su duque, ni respeta a su conde; y si alguno de nosotros trata de mejorar tal estado de cosas y afirmar su autoridad, sería motivo para iniciarse la sedición en el ejército, estallando en motines".

Personajes todos ellos de leyenda. Diosas guerreras de la mitilogía germánica y escandinava, personificación simbólica de las virtudes de los héroes. Las Walkyrias, en las que se inspiró Wagner para los papeles más importantes de sus óperas, se representan hermosas y seductoras, montando briosos corceles. Brunilda, la reina de las Walkyrias guerreras, esposa del rey Gunther y amada de Sigfrido nos recuerda mucho a nuestra Brunegilda que a los 80 años, bella y hermosa todavía, según la describe la tradición, fue sometida al tormento del potro. En otros motivos, se sintetiza el amor a la mujer y al oro, como argumento principal o a la fascinadora leyenda del Santo Grial, que sirvió de punto de partida principal para los Nibelungos, Lohengrin, Parsifal, etcétera. Argumento, más en armonía con la bravura y combatividad de esta raza, que no explica su corto reinado de dos siglos, aunque infundadamente hay quien lo atribuya a otra causa.

Brunegilda, adquirió gran popularidad. Las calzadas romanas que conservó, se llamaban con su nombre y lo mismo sucedía en un bosque próximo a Bourgel, donde existía un castillo; a la torre sita en Etampés, a la piedra próxima a Tournai, al fuerte contíguo a Cahors, a las abundantes limosnas apellidadas también de Brunegilda, etc. Fortunato, Obispo de Poitiers, el más famoso poeta de este siglo, dedicó sus poesías a dos reinas diametralmente opuestas: Brunegilda, incursa en los placeres y en las luchas mundanas, y a Santa Redegunda, antes mujer de Clodoveo I, que abandonó la vida regalada del trono, y se recluyó en un monasterio. Anquetil, relata este sacrificio con todo género de detalles, comparándolo con la muerte ejemplar y tranquila de Santa Redegunda

Parece que después del suplicio o tormento de Brunegilda y



Trono de Dagoberto. Arte merovingio
(París, B. N. Sala de las Medallas)

de la muerte de Clotario II, el reinado de los francos se hace menos sombrío y, por tanto, más humanitario.

Dagoberto marcó los límites de tolerancia y de inteligencia en esta familia merovingia, gobernando Austrasia, Neustria y Borgoña a las que se incorporó posteriormente Aquitania.

La conducta tradicional de los reyes merovingios u holgazanes, desplazándose de un sitio a otro en el clásico carretón arrastrado por una yunta de bueyes, pasando su vida en la ociosidad y perversión, obligaron a sus estados a depositar la confianza del gobierno en los mayordomos de palacio, nombre que no traduce exactamente la alta función de validos que habían de representar. Las realizaciones bárbaras, fundadas sobre la conquista e incapaces de elevar a la noción de estado, el conjunto de bienes y tierras logradas, reducían todo ello a una simple participación, engendrando un estado anárquico, donde a pesar de una Monarquía caótica, la aristocracia y los grandes terratenientes, por conveniencia propia, se obstinaron en mantener. Pero no pudieron evitar, como remedio de estos males, que surgieran espontáneamente los alcaldes mayordomos de palacio, primeros ministros, que gobernarían dictatorialmente en nombre del rey, por sentimiento de deber y por egoísmo, imponiéndose a los aristócratas y grandes terratenientes, para convertirse en verdaderos depositarios de la autoridad y servidores de los intereses nacionales, que habían de representar. F. A. de Chateaubriand lo estudió en "Análisis Razonado de la Historia de los Francos", significando que, en general, eran equivalentes a duques o caudillos militares, que como siempre superaban a los monarcas en inteligencia y eficacia, pronto absorbian las funciones y responsabilidad del Estado. Remedio al que recurrían la aristocracia y las clases adineradas, para salvaguardar eficazmente su vida y su hacienda, tanto de los reyes como del exterior. De muy distintos orígenes, en ocasiones eran elegidos por pública votación para la dirección del ejército "Homnes Austranii, cum eligerent chrodinum majorem domus".

La principal diferencia que existía entre estos mayordomos de palacio, provenía del predominio del espíritu galo-romano de los neustrios, manteniendo los intereses de la monarquía o del influjo germánico de los austrasianos, inclinados a favorecer a los guerreros y aristócratas.

Los francos se vieron obligados a luchar para detener la in-

Mitra de San Eloy. Siglo XVIII.
Perteneció a la Cofradía de Plateros en la iglesia de San Francisco, de Córdoba

vasión en Europa de los pueblos bávaros, tártaros, búlgaros, eslavos, etc., por cuenta propia e investidos de una misión nacional, que posiblemente elevaría tanto su combatividad para, posteriormente, detener la invasión islámica.

Entre todos los que intervinieron en la defensa de su patria, sobresalió una familia conocida y estimada tanto por sus servicios militares y políticos, como por su gran capacidad económica, que tuvo por primer jefe a Pipino de Landén, llamado el "Viejo", uno de los adversarios de Brunegilda, tan odiada de los austrasianos. Su nieto, Pipino de Héristal, fue un personaje singular, actuando como duque o mayordomo de palacio, misión desarrollada bajo el reinado de los cuatro descendientes de Clodoveo. Labor destacadísima, sobresaliendo la cristianización de los pueblos de la orilla derecha del Rin, creando multitud de obispados, y consiguiendo que las inquietudes de las familias preeminentes no impidiesen el desarrollo o evolución favorable de su obra.

No eran de temer sublevaciones, en tanto las guerras fueran acompañadas de éxito, haciendo posible la entrega de tierras a los hombres prestigiosos, sin descuidar al propio tiempo conceder privilegios a los humildes, protegiéndoles a su vez del expólio y de la humillación de la nobleza.

A su muerte, Pipino designó heredero a Teodoaldo, sin duda por influjo de su esposa Plectrudis, con evidente perjuicio de los dos hijos de su segundo matrimonio (invalidado) con Aspaida: Carlos y Childebrando.

Los de Neustria, no contentos con la regencia de Plectrudis, a la muerte de Pipino el Mediano, proclamaron mayordomo a Ranganfredo. Cuando Carlos Martel consiguió escapar de la prisión, fue vencido en Austrasia por neustrios y frisones Posteriormente consiguió una victoria completa sobre los de Neustria, gozando de gran prestigio y valentía, siendo proclamado algunos meses después, duque de Austrasia y más tarde Carlos Martel. Plectrudis, no podía ya oponerse a que le fueran entregados los tesoros de Pipino. Para cumplir todos los requisitos de un buen mayordomo, proclamaron rey a un merovingio.

La leyenda ancestral de los dos futuros carolingios, es atribuída a Austrasia, es decir, a germanos de la frontera, como tudesco era también "Karl Martell" y como en Alemania, sobre el Rin, puso Carlomagno el centro de su imperio. Para ellos, el concepto

Martirio de Brunegilda

de nacionalidad no tenía entonces otra significación ni trascendencia que la geográfica

Cuando Carlos Martel, se alió con el duque de Aquitania, estaban bien ajenos del gran problema religioso y hasta universal que habrían de resolver en muy breve plazo.

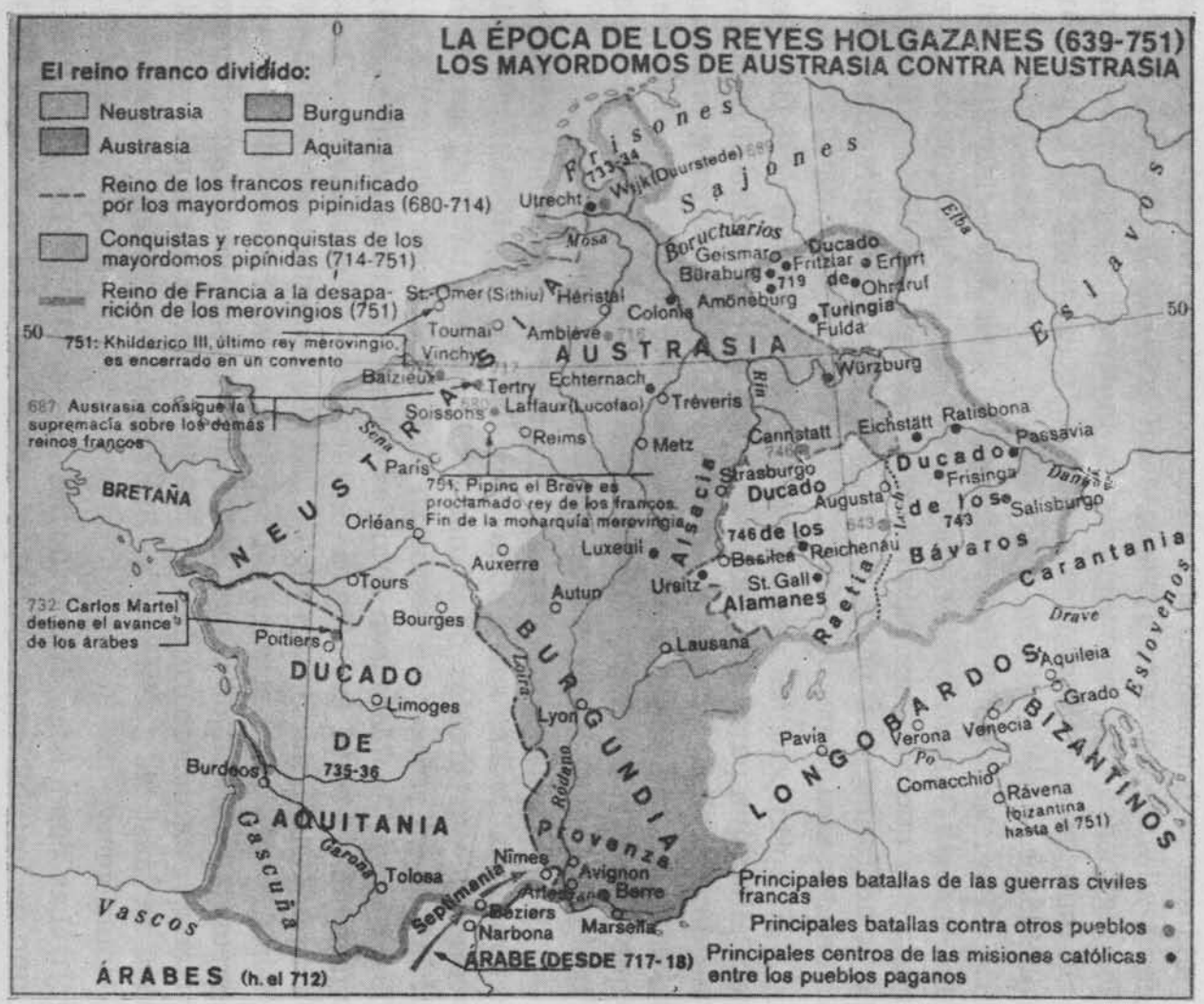
Eudo entregó a Carlos, al rey Chilperico y su tesoro. El proceder y conducta de Carlos, fue generoso con sus enemigos, reconociendo a Chilperico II como rey de toda Francia y después de su muerte, el 720, a Teodorico IV (720-37. - hijo de Dagoberto III). De esta forma quedó unificado el reino franco y Carlos, reconocido como único mayordomo. Encumbramiento extraordinario de dicho reino, debido a la casa soberana de los carolingios, que se sucedieron sin interrupción durante cuatro siglos, con hombres de relevante mérito y valor: Pipino el Mediano, Carlos Martel, Pipino el Menor y, por último, Carlomagno. Además de que la bondad de los padres se transmitiera a los hijos, existen razones poderosas que impidieron la descomposición, al yugular las guerras intestinas. La historia siempre dura y justiciera, oculta o dulcifica todos los hechos y disenciones que se promovieron entre los primeros carolingios.

* * *

Se admite que los árabes debían gran parte de sus éxitos al empleo del caballo. El de raza árabe, es uno de los más finos y apreciados. No rebasa un metro y medio, sobrio, de gran resistencia y especialmente apto para cruzar estepas y lugares áridos. De gran viveza y movilidad, pero disciplinado. El Corán dice, es para ser ensillado. Si los árabes, excelentes jinetes llamaron la atención por la rapidez y movilidad de su caballería, fue a expensas de sus corceles.

Después de morir Mahoma, la conquista de Persia y Siria, pusieron en manos del Islam, además de las preseas propias de la guerra: talleres, fábricas de armas, centros de cria caballar, caballeros adiestrados, arsenales navales, marinos y militares expertos, de las naciones vencidas, etc

En general, las conquistas fueron de una rapidez inesperada y el objetivo fundamental se basaba en incursiones fronterizas,


LA ÉPOCA DE LOS REYES HOLGAZANES (639-751)
LOS MAYORDOMOS DE AUSTRASIA CONTRA NEUSTRASIA
El reino franco dividido:
Neustrasia
Burgundia
Austrasia
Aquitania
Reino de los francos reunificado por los mayordomos pipínidas (680-714)
Conquistas y reconquistas de los mayordomos pipínidas (714-751)
Reino de Francia a la desaparición de los merovingios (751)
751: Khilderico III, último rey merovingio, es encerrado en un convento
687: Austrasia consigue la supremacía sobre los demás reinos francos
751: Pipino el Breve es proclamado rey de los francos. Fin de la monarquía merovingia
732: Carlos Martel detiene el avance de los árabes
Frisones
Sajones
Eslavos
Boructuarios
Utrecht
Wijk (Duurstede)
Mosa
Geismar
Büraburg
Fritzlar
Erfurt
Ohrdruf
Amöneburg
Turingia
Fulda
Colonia
Héristal
St.-Omer (Sithiu)
Tournai
Ambiéve
Vinchy
Baizieux
Tertry
Echternach
Laffaux (Lucofao)
Soissons
Reims
Tréveris
Metz
Würzburg
Cannstatt
Eichstätt
Ratisbona
Passavia
Frisinga
Salisburgo
Augusta
Strasburgo
Ducado de los Bávaros
Ducado de los Alamanes
Alsacia
Reichenau
St. Gall
Basilea
Ursitz
Luxeuil
Lausana
Raetia
Carantania
Eslovenos
Aquileia
Grado
Venecia
Verona
Pavía
Comacchio
Rávena (bizantina hasta el 751)
LONGOBARDOS
BIZANTINOS
Drave
Po
Elba
Rin
Sena
Loira
Ródano
Garona
Septimania
Nîmes
Avignon
Arles
Berre
Béziers
Narbona
Marsella
Provenza
Burgundia
Autun
Auxerre
Orléans
Tours
Bourges
Poitiers
Limoges
Burdeos
Tolosa
Gascuña
Vascos
BRETAÑA
NEUSTRASIA
AUSTRASIA
DUCADO DE AQUITANIA
735-36
733-34
Principales batallas de las guerras civiles francas
Principales batallas contra otros pueblos
Principales centros de las misiones católicas entre los pueblos paganos
ÁRABE (DESDE 717-18)
ÁRABES (h. el 712)

bajo la táctica conocida con el nombre de "razzia", asaltando al enemigo por sorpresa e influyendo, sin duda, la calidad de guerreros duros, formados en el desierto, con gran movilidad. Exitos que unidos a la inmovilidad del adversario, engendraron el entusiasmo realizador, favorecido por la desafección de los habitantes con los regímenes bajo los cuales vivían, motivando la escasa resistencia indígena al invasor y en ocasiones inclusive ser causa de complicidades.

El nucleo de población peninsular más favorecido fue el de los judíos. Ganaron éstos en libertad, al ser abolidas las leyes visigodas que los perseguían, tomando como aliados a los árabes y colaborando gran parte, en el gobierno y administración de las ciudades españolas.

El botín personal era entregado y distribuído a posteriori por el Califa: una parte al Infante, dos al caballero, cuatro al caballero de dos caballos. Cuando el caballo estaba defectuoso o era asno o camello, sólo percibía una parte. Reparto complejo y cuidadoso que exigía valoración y distribución equitativa. El atractivo del botín, fue al principio mayor que el espíritu militar.

Este ejército árabe, incapaz al principio de actuar en formaciones cuadradas, sufrió una derrota muy significativa por la carga de sus propios hermanos, y Khalí-ben-al-Walid, pasado al Islán, logró recoger los restos en 630. Este fracaso sirvió a Khalí para tomar la Meca con grandes columnas convergentes, en un gran movimiento estratégico de dieciocho días, cinco de ellos a través del desierto, sin agua ni abastecimientos. Movimiento heróico, de gran repercusión y tolerancia, respetando vidas y creencias, con tal de pagar los tributos. Trece siglos después, recorrerían este mismo camino, en habilidosa lucha que quedó grabada en la historia bélica, los blindados de Navell, Rommel y Montgómery.

Las conquistas árabes de los siglos VII y VIII, constituyen uno de los problemas más apasionantes de nuestro tiempo, donde ejércitos inexpertos se enfrentan y vencen a tropas aguerridas, influídos solamente por la causa de la propagación religiosa, como motivo principal de esta guerra santa, llevando su fe en el Profeta, junto al botín y a la rapiña

Fueron en el transcurso de un siglo, verdaderos legisladores de turcos, griegos, iranios, arameos, coptos y bereberes, visigodos

e hispanos, en un breve período fugaz de gloria y poderío tan inexcusable, maravilloso o extraordinario, como para afirmar que jamás podrán superarlo, máxime cuando el país ardía en luchas intestinas (siríes y garichíes).

Los cuatro primeros califas que reinaron en el mundo árabe desde el año 632 al 661, conquistaron no solo Siria y Mesopotamia, (663-36) sino también Armenia, Ciudadela de Alejandría (642), Egipto (639-642), Persia (643) y cinco años más tarde dominarían Tripolitania, continuando hacia Túnez. En general no había otra opción que la conversión o la muerte. Cristianos y judíos, por el especial privilegio de poseer libros sagrados, en donde se había inspirado el Profeta, pagaban sus "diminis" para poder conservar sus creencias y sus propias leyes, permaneciendo al margen de la estructuración musulmana.

En 647 el exarca bizantino Gregorio se sublevó contra el Emperador por puras razones religiosas; aprovechándose de la situación o de acuerdo con el rebelde Abad-al Lah ben Saïd, gobernador árabe de Egipto, invade Túnez con 20.000 hombres, saqueándolo.

Hacia 670 aparecen los "Conquistadores de Africa del Norte" Sidi Okba, que, derrotando al jefe árabe Kossaïla, obtiene su conversión. Funda Kairuan, desde el principio base militar para el Oeste, llegando al Acéano Atlántico. Obligado a volver, se enfrenta de nuevo con Kossaïla, que le tiende un emboscada, donde Okba fue muerto. Kossaïla, queda dueño de Kairuan (683 a 686). En esta última fecha fue derrotado por Zohair ben Kaïs, lugarteniente del difunto Okba, perdiendo la vida en el combate. No encontrándose con fuerza Zohair, emprende el regreso a Egipto, siendo muerto en Cirenaica, por un cuerpo expedicionario bizantino. En 693, por fin el Califa Abad al-Malik, envía a Hasán ben An-Nomar, con 40.000 hombres, tomando Cártago, la capital, en 698. Tres años más tarde, Túnez era conquistada definitivamente para el Islám.

De 701 a 710, se desarrolla la conquista del resto de Africa del Norte, llevada a feliz término por Musa Ben Noçair.

Los califas omeyas, extendieron la grandeza de Damasco, durante el siglo que reinaron, llagando hasta el Indo y conservando sus límites en Oriente con el mundo budista y nomadista turco, en Sir Daria (711-715). La eliminación de los omeyas mediante el golpe de estado de los abasidas, por razones preferentemente religiosas, tuvo como consecuencia el traslado de la capital del imperio,

de Damasco a Bagdad. Por el contrario, en Occidente encontraron resistencia en el pueblo bereber, en parte cristianizado y apoyado por la flota de Bizancio. Pero en el 700, todo el litoral del Mogreb, quedó en poder de los árabes, constituyendo una base de apoyo y una colaboración bereber, siempre que abdicasen previamente de sus ideas, abrazando la religión de Mahoma. No creemos en una simbiosis en el verdadero sentido de la palabra. Siempre existiría un inconformismo por el que se sentirían oprimidos, provocando inclusive en numerosas ocasiones, serios conflictos; disentimiento que, a través de un milenio largo, aún persiste entre árabes y bereberes, sin que ello fuera obstáculo para una amplia colaboración, que terminó con la conquista del Norte de Africa. Bereberes fueron los primeros invasores de España que en 711, atendiendo a los herederos legítimos del rey visigodo Witiza, atravesaron el estrecho bajo las órdenes del comandante general de bereberes, Tarik desembarcando en un punto de la península que se llamó Yebel Tarik (montaña de Tarik - Gibraltar), venciendo poco después al rey usurpador Roderic (Rodrigo) en el Guadalete, cerca de Cádiz.

La mayoría de los bereberes pertenecían a la raza ibero-insular, con excepción de los bereberes rubios de Marruecos, que, según se admite hoy, son de raza nórdica. El análisis detenido demuestra que la cantidad de sangre árabe en los habitantes del Mogred, disminuye a medida que nos alejamos del centro de máximo contacto o promiscuación con los invasores.

Los árabes que invadieron la Península Ibérica, realizando tan extraordinaria gesta, eran guerreros movidos por el ideal de una guerra santa, con alta moralidad, firme, disciplinada y, sobre todo, con la fanática creencia de la unidad de Dios, un Dios sin rivales ni colaboradores. La genealogía de estos árabes procedentes de tribus ancestrales del centro y sur de la península arábiga, conservaron siempre con orgullo el origen primitivo de su apellido o patronímico, con características fonéticas, que dejaron impresa su huella en el árabe hispano. Problemas que los arabistas españoles, Ribera a la cabeza, han intentado desvelar con gran visión.

No otra es la opinión de Ribera, que trás detenidos estudios pudo afirmar, que la cantidad de sangre árabe de los califas, después de cuatro generaciones, era tan escasa que podían considerarse como auténticos españoles. En concreto, refiere el caso de

Hixén II, tercer califa de Córdoba, cuyo contenido de sangre árabe, podía calcularse en no más de una milésima.

Los bereberes no eran racialmente árabes, pero sí arabizados. Más personalidad conservaron turcos y persas, a través de su colaboración arábiga. En esta discriminación, dice Santi al Husrí: árabes es aquél que habla árabe, se dice árabe y quiere ser árabe.

Puede admitirse, encontraron sometidos todos los países desde el Indo al Tajo, cuyas condiciones territoriales y biológicas eran muy semejantes, favoreciendo la convivencia entre ellos mismos, como también con los indígenas, estableciéndose inmediatamente convenios y acuerdos que sirvieron de ejemplo.

Cien años después de la muerte de Mahoma, los árabes invadieron España de Sur a Norte, destruyendo el imperio visigodo, traspasando los Pirineos, para invadir la Septimania en sus fogosas incursiones, apoyadas en un ejército que puede calcularse alrededor de 50.000 hombres.

El ejército de Carlos Martel, desplegó un empuje extraordinario, salvando la civilización occidental, equiparable como epílogo a la heróica defensa de Constantinopla (717-718), por León III (el Isáurico), conservando el imperio de Bizancio y el mundo cristiano oriental. (Realmente era sirio, porque había nacido en 678 en Germanicea Marasb, provincia de Comegene-Noreste de Siria). Ambos fueron actores de importantes hechos históricos, que no hubieran sucedido de haber perdido el primero Constantinopla o de haber resultado vencido el otro en Tours, realizando una acción conjugada sin saberlo, a más de 2.000 kilómetros Pero lo verdaderamente trancendental, a pesar de la magnitud de los dos hechos relatados, es que Carlos se convirtió en el jefe supremo de la Galia, consolidando definitivamente una dinastía. Dice H. Pirenne: Sin el Islám, probablemente el imperio franco no habría existido y sin Mahoma, Carlomagno hubiera resultado inconcebible. Por esto, nuestra batalla ha pasado a la posteridad con el nombre de "martillazo", que como destruye y tritura el hierro, el acero y otros metales, así aniquiló a todos sus enemigos.

Los árabes sólo tenían nociones muy confusas de las diversas regiones de Francia, llamándolas en común "Frandjas". Cuando el Califa Abdel-Melech preguntó su opinión a Muza sobre esta región, se limitó éste a contestar: "adversa".

Situación trágica. Francia estaba bajo la impresión del terror islámico, desertando los habitantes de sus ciudades y quedando sus riquezas naturales sin ser explotadas. Entonces surge un San Pardón, ordenando a sus monjes saliesen rápidamente para quedar sólo en la defensa de su monasterio contra los infieles, situación equiparable a la época de las grandes invasiones.

En 719 o 720/102, tomaron Narbona, centro de operaciones, poniendo después sitio a Tolosa. Eudo, duque de Aquitania e hijo de Boggís, personaje magnífico, no ensalzado todo lo que merece, defendió a su capital, obteniendo una señalada victoria, muriendo el Emir Al-Zamach y destruído su ejército en número de 40 o 50.000. La derrota fue tan abrumadora que años después se citaba como ejemplar, por el cronista y gran historiador Aben Hayán, afirmando no haber quedado prácticamente ninguno, después de tan singular combate y sembrada de cadáveres la gran vía entre Carcasone y Touluse. Los cronistas árabes dicen en su exagerado lenguaje, que las tropas cristianas eran tan numerosas que el polvo que levantaban oscurecía el sol.

Al-Zamach le sucedió Ambiza-ben-Shoim, muy inteligente, piadoso y culto, que en su deseo de venganza, sometió a las principales ciudades de Septimania, llevando por primera vez las armas de los árabes hasta más allá del Ródano. También respondió a esta invasión el duque de Eudo, trabándose una dura batalla en Provenza, siendo vencidos al final los árabes y retirándose Ambiza mortalmente herido a la orilla del Ródano, pero quedando los árabes dueños de la Septimania, que completaron con la toma de Narbona, posteriormente capital y centro de sus futuras incursiones.

La derrota de Ambiza (o Ambesa) en Aquitania, fue el año 725, expulsado de Rodet por el duque Eudo, no comprometía la dominación árabe en Septimania, pero coincidiría con la difamación que desde hacía algún tiempo se murmuraba en España de los gobernadores árabes, imposibilitándoles e impidiéndoles pensar en nuevas expediciones contra las Galias.

Su sucesor Yahya-ben-Salema, fue designado y enviado por el gobernador de Africa. Disponiendo de amplio ejército, puso en calma las rebeldías vascas, extendidas a toda la frontera. Poco tiempo después le fue designado sucesor Othman ben Abí Nessá, que en esta segunda etapa, no tuvo mejor suerte que en la primera.

Todos los gobernadores eran nombrados por Bixr ben Safuan,

sin orden del califa. Murió siendo gobernador de Africa, en 727-8/109. Le sucedió Obaida, nombrado por el califa Hién en 729 abril 111. Este gobernador, furibundo partidario de los kaisies, tiranizó a los yemeníes, con tal violencia, avaricia y crueldad, que, junto a los encarcelamientos, fueron elevadas unánimes quejas al califa. Diez meses después (en Dulcada de 111/enero-febrero 730), vino un delegado especial llamado Mohamed ben Abdalláh al Axeha, confirmando cuantas denuncias le habían sido formuladas, destituyendo a Abhaittane, mandándolo preso a Africa. Permaneció en España dos meses, hasta Jafer 112/marzo-abril 730, dejando de gobernador en España a un personaje que había llamado poderosamente su atención y cuyo nombramiento ya traía extendido: Abdo-r Rahman ben Abdalláh al Gafekí, el mismo que cuando la batalla de Tolosa en el año 102 (once años antes), se había puesto al frente de las derrotadas huestes musulmanas. Hay poca precisión en la fecha de su nombramiento, calculándose aproximadamente hacia el 729-30, siendo sucesor de Mohamed ben Abdallá el Axchai.

Séptimo emir o gobernador de España, nació a mediados del siglo VII y murió en 732. Gobernó durante los reinados de Yazid e Hixem. En junio de 721/102, los árabes de Narbona lo reconocieron por su emir, (a la muerte de Acç-Çamah ben Mélic al Jaulani), elección confirmada por el Valí de Africa, durando su interinidad hasta agosto de 721/Jafer de 103. Habiendo muerto el valí el 27 de enero de 724 y el califa Yezid fue sucedido por su hermano Hixem. Varios jefes importantes, contrariados por la fama de generosidad o desprendimiento de Abderramán al Gafekí, como asimismo envidiosos de la popularidad que crónicas y romanceros proclamaban, acusaron al nuevo califa de corromper las costumbres sencillas y austeras de los musulmanes, logrando al fin su destitución.

Fue repuesto en 728, para la conquista de la "Gran Tierra", más allá de los Pirineos, recabando en sus mezquitas la cooperación del pueblo, para empresa de tanta magnitud. Puso freno a todas las injusticias, reparando los desafueros cometidos. Sus soldados, lo tenían en gran estimación tanto por su valor y conducta ejemplar, como por la ya dicha excesiva generosidad.

Posiblemente emparentado con la rama Gafekí, que fijó su residencia en Belalcázar de nuestra Provincia, uno de ellos, el

célebre oculista, cuyo milenario ha celebrado recientemente esta Real Academia y del que hay un busto, frente al antiguo Hospital del Cardenal Salazar. Su hijo, excelente botánico, cuyas páginas de gran valor están apareciendo actualmente en colecciones privadas del Norte de Africa, etc.

Dice Ignacio Olagüe: "¿Cuál sería la verdadera personalidad que amparaba el nombre de Abd ar-Rahman ibn Abdal-Lah Al-Gafekí?". No podemos suponer que este personaje, que llegó en una incursión hasta Poitou y que la tradición lo ficha como árabe, fuese un nativo de los Pirineos, oculto bajo el disfraz de este nombre arabesco. Para los francos, existía una gran confusión, como si los sarracenos hubiesen caído del cielo. ¿Cuál era su tierra de origen? ¿Quién era su jefe? Cómo habían podido franquear el Estrecho de Gibraltar y atravesar una península tan extensa como España?

La casa de los Gafiqíes en Al-Andalus, es conocida por el nombre de este linaje en el Yâvf al Norte de Córdoba, el actual Belalcázar (Cf. F. Hernández, Gafiq. Gahet, Gahete igual Belalcázar). Uno de ellos fue el emir de Al-Andalus; tuvo trascendencia ya desaparecida en Morañana de los Gafiqíes, al Oeste de Sevilla, sobre el Guadalquivir (Elías Terés-Al-Andalus 1959, fasc. I y II).

Las fincas de Aljarafe, eran consideradas como unas de las más productivas. La de Maryanat Algafiqíin, (hoy Mairena de Aljarafe), pertenecía a los descendientes del gobernador 'Abd-al-rahman ibn 'Abad allah al Gafiqí y aparece dos veces citada por Ibn-al-Kutyya y Iftitab, páginas 13-76. Traducción española páginas 10-61.

Se despertó el deseo de nuevas guerras en aquél pueblo victorioso y engreído con el nombramiento de este gobernador, al volver a la Península, un general que se había distinguido por su habilidad y actuación heróica en Africa y en España, llegando a ser un verdadero ídolo, al que guiaba tanto su generosidad como su valor.

Conocedor de las Galias, sabía que no podía intentarse cualquier operación, sin estar resguardado por un ejército, que garantizase una actuación más eficaz que la de sus predecesores.

De tan singulares virtudes, cuentan los cronistas árabes, era modelo de integridad y justicia. Realizó importantes reformas y

preparó este fuerte ejército para la invasión de las Galias; amalgama de sirios, moros, griegos, persas, coptos y tártaros como canta Shoutey, ebrios de victorias, en íntima unión de fuerza y fanatismo, sin dique a sus ambiciones.

"También los caudillos
tenían fé en la victoria.
Por sus grandes éxitos, entusiasmados,
y orgullosos, creían que aquella arrolladora fuerza
que hasta entonces había avanzado,
sin freno, seguirían avanzando victoriosamente,
hasta que, como el Oriente, el subyugado Occidente,
se inclinaría reverente, ante - el nombre de Mahoma;
y que peregrinos de las más remotas playas árticas
pisarían con religiosos piés, las ardientes arenas
de Arabia y el pétreo suelo de la Meca".

Casi simultáneamente, al tiempo que Abde-r Rahmán fue promovido gobernador de la Península, los bereberes de Africa y sobre todo de Tánger, expresaron su descontento, al ser maltratados por sus gobernadores, peor que habitualmente. Este fue el motivo en que se fundó Abí Nessá, para intentar una conspiración en España, que vengase a sus compatriotas y cuyo objeto verdadero era, apoderarse del gobierno de la Península. A pesar de este movimiento, Abde-r Rahmán no pensó en retirarle el mandato de la frontera a Abí Nessá o Munuza, olvidándose era un bereber descontento y ambicioso, jefe de la potencial sedición en España, que no desperdiciaría la oportunidad de independizarse en los territorios que denominaba, para saciar el odio contenido, por lo que nunca se sitieron sujetos o unidos a los vencedores

Cuando Abí Nessá concibió este proyecto, estaba en Lavia, su residencia habitual (emplazamiento posterior de Puigcerdá), fechando el "Anónimo de Córdoba" en el año 731. Cansado de soportar en esta frontera las frecuentes acometidas de los cristianos vecinos, en una de las cuales el "Anónimo de Córdoba" le acusa de haber hecho quemar vivo al Obispo Anambadus, sin citar más datos ni localidad que aseveraría su acusación. Además de que la mayoría de sus fuerzas eran bereberes, había otras razones que señalaban estar en condiciones ópticas para intentar negociaciones con Eudo de Aquitania, asegurándose su ayuda. Por otra parte, conocedor Eudo de los propósitos y género guerrero de

este nuevo caudillo, de un lado, y acosado por Carlos, Duque soberano de los francos que hizo varias incursiones y saqueos, pretendiendo justificar su conducta, por no haber cumplido el tratado de paz firmado en 720, llevó las armas y el saqueo, dos veces en el mismo año de 731. Eudo, acudió con buen éxito en socorro de sus dominios, pero simultáneamente fue llamado a los Pirineos, al tener conocimiento de los movimientos de Abdé-r-Rahmán, encontrándose al mismo tiempo con Othman ben-Abú-Neza, renombrado caudillo bereber que, como hemos dicho, deseando independizarse en las comarcas que ocupaba, estaba dispuesto a entrar en negociaciones con el duque Eudo, que por su parte vió en esta alianza la seguridad de una de sus fronteras, y quizá el apoyo material de su nuevo aliado.

Las propuestas del caudillo musulmán, resultaron interesantes para el duque de Aquitania, acordándose una alianza, donde cada una de las partes hubo de sacrificar algunas concesiones políticas y escrúpulos religiosos.

El duque de Aquitania, tenía una hija de extraordinaria y singular belleza, llamada Lampagia, de la que Abí Nessá había quedado perdidamente enamorado, siéndole concedida por esposa.

No se han especificado las obligaciones de Eudo hacia su aliado musulmán, pero es de suponer prometería sostenerse por sus propios medios, caso de ser atacado por los árabes.

La frontera de Aquitania y de España árabe, por el hecho del retroceso, estaba controlada en todos sus límites por el territorio que gobernaba Abí Nessá. Pero mientras Eudo, confiado en esta alianza, se dirigía hacia el Loira para defenderlo del ataque de los francos, el gobernador de España, Abderramán, conocedor de la rebeldía de Abí Nessá, se dirigó para sofocar este complot con gran contingente de fuerza y con la movilidad que les caracterizaba. Presumía las posibilidades que podía desplegar Abí Nessá y por ello su propósito era llegar rápidamente a los Pirineos, para no dar tiempo a que se fortificase y aprovechar también la ausencia de Eudo. No podía soportar una alianza con el vencedor de Samah y de Ambesa, brillantes caudillos nunca olvidados, ni transigir la unión con una cristiana, posiblemente no convertida al Islamismo.

Carlos, maestro de palacio de Childerico II, era realmente el soberano de la Austrasia, de la totalidad de la Neustria y de la

mayor parte de la Borgoña, pero el Sur estaba dividido en cantones, provincias, reinos y señoríos independientes, bajo los jefes francos y galo-romanos, que habían mantenido la oposición en aras de su provecho personal, constituyendo un movimiento integrado por la mayoría de los equitanos de raíz germánica, del otro lado del Rin, que contrariamente le negaban su vasallaje a Carlos. Los sajones, bávaros, alamanes y frixones que estuvieron frente a Pipino de Heristal antes, lo estaban ahora contra el sucesor, interesado en conquistar lo que faltaba de la monarquía franca, a pesar de las dificultades que se presentarían inmediatas y a posteriori.

Las tierras y los beneficios concedidos a los leudes, por su actuación, consideradas como acto voluntario, de acuerdo con las ideas germánicas, debían pagarse tanto en tierras como en otros beneficios que tendrían carácter hereditario. Y como a veces era muy difícil su cumplimiento, Carlos se vió precisado a recurrir a las tierras propiedad de abadías, monasterios y obispados de Neustria y, sobre todo, de Austrasia.

Desde el año 720 que hizo la paz con Eudo, pasaron diez años en constantes campañas, que le reportaron muchas ventajas, al mantener una disciplina militar, cada vez más elevada y retener bajo su dominio a los pueblos que habían intentado separarse, proporcionándole una cantera de guerreros, tanto más bravos, cuanto más se habían defendido, llegando a constituir un ejército seleccionado, que representaba lo mejor de la nación francesa, sostenido por el atractivo de las recompensas y por el sentimiento del orgullo nacional que empezaba a despertar.

El hecho de luchar contra los enemigos del cristianismo, era un argumento convincente para retener las tierras que habían usurpado a la Iglesia.

Es muy conocido el pretexto infundado, de que el Duque Eudo no había cumplido los compromisos contraídos en el pacto del año 720, para poderlo atacar, enviando previamente un diputado que pediría con exigencia una reparación, a la que no accedió el duque, en la seguridad de haber cumplido fielmente sus compromisos, desconociendo otros motivos que pudieran existir. Carlos, reúne sus fuerzas en la primavera del 731, preparándose para pasar el Loira, probablemente por Orleans, obligando a Eudo o defender sus estados del Norte. Nada dicen las crónicas árabes, de heroicidades

del ejército de Carlos. Huyendo Eudo, cruza el Loira, perseguido por Carlos, que invade y destroza la Aquitania por dos veces en el mismo año. Fredegaire, dice muchos datos interesantes de esta campaña de la que fue testigo.

Carlos, llega a Berris antes que Eudo. Pone cerco a Bourger, que toma por capitulación, donde deja una guarnición. Repasa el Loira y en el momento de su retirada, Eudo se entera, llevando su ejército, que pone cerco de nuevo a la ciudad, recuperándola.

Simultáneamente a estos hechos, el Emir general de España, llegaba con numerosas fuerzas al pie de los Pirineos, intentando sofocar la rebelión de Abí Nessá. Todo lo que se sabe es que al aproximarse Abderramán, huyó buscando refugio en Lavia (actual Puigcerdá), posiblemente con el propósito de hacerse firme en esta plaza, pudiendo acudir también en auxilio de su suegro, pero perseguido tan de cerca y con tanto enseñamiento, que no le quedó tiempo para nada y menos para organizar la defensa de la plaza, teniendo que huir precipitadamente hacia las montañas vecinas, con su bella Lampagia y con algunos leales, hasta penetrar en un desfiladero, donde la espesura de la vegetación y el ruído del agua de una cascada que se precipitaba desde gran altura mitigaría la sed, compensándoles de las amarguras sufridas con la premura de la huída. Cuando se crían a salvo de sus perseguidores, oyeron murmullo de voces y de pasos, reconociendo un destacamento enemigo que les perseguía, en inminencia de darles alcance. Todo fue rápido, los seguidores, huyeron amparados por la espesura. Lampagia, cansada y estenuada, no pudo seguirlos, viéndose rápidamente envueltos por las fuerzas enemigas. El "Anónimo de Córdoba", dice que Abí Nessá, se arrojó por el desfiladero o precipicio de las montañas de la Cerretánia, aunque otra historia árabe más romántica, afirma que se defendió espada en mano, hasta perecer atravesado por veinte lanzadas, en defensa de su amada.

La cabeza, conservada en alcanfor, fue enviada a Damasco, junto a su bella esposa, porque Abderramán al Gafekí, consideró que tal prodigio de mujer, solo podía pertenecer al jefe de los creyentes. Esta bella historia, está fundada, como hemos dicho, en los datos relatados por el "Anónimo de Córdoba", sin que los historiadores árabes hagan mención de ella, ni coincidan sus fechas con las de los historiadores franceses, que fijan alrededor del año 729/111.

* * *

Estaba, pues, planeada la lucha entre la Galia meridional cristiana y los árabes españoles, regenteados por Abderramán al-Gafekí, proclamado Emir por las fuerzas en Toulouse, a la muerte de Al-Zamach, aunque no lo fue realmente hasta la de Ambiza, como ya hemos dicho, herido mortalmente en la orilla derecha del Ródano.

Habían fracasado todos los intentos de invadir esta provincia por el valle de Aude y por la Septimania. debiendo, por lo tanto, intentar un nuevo paso que asegurar la operación.

Como el año 731 estaba muy avanzado, la prudencia aconsejaba demorar la invasión de las Galias hasta la primavera próxima. Abderramán decidió no regresar a Córdoba, quedando en las proximidades de los Pirineos, quizá en Pamplona, con el propósito de traspasar éstas elevadas cumbres, llegando a una Vasconia gala de mayor extensión que la actual, eligiendo la fecha de abril o mayo, como ya hemos indicado, y dividiendo su numeroso ejército en dos secciones. Parece que la táctica de actuar, era dispersa Abderramán, descendería con algunos destacamentos por los puertos orientales, para reunirse con las fuerzas musulmanas, estacionadas en Narbona o Carcasone, amenazando a Toulouse.

La residencia del Valí era Narbona, capital de la Septimania, una de las cinco provincias. Se conoce el nombre de algunos de sus pueblos más importantes: Elne, Caucoliberri (Collioure, donde reposan los restos de Don Antonio Machado y de su madre en una bella colina que domina el mar) Carcasone, Beziers, Agde, Macnelone, Lódeve y Nimes, cuyos límites se superponían a los de la Septimania gótica, ciudades gobernadas por condes galo-romanos, bajo leyes primitivas. No era deseo de considerar estas posiciones como finales, donde imperaba la pobreza y la incultura, pero si como puerta de entrada del Ródano y del Garona, que los llevaría a las regiones ubérrimas de la Galia.

Eudo, observaba atentamente los movimientos de los árabes, esperando volverían bajo el mando de su nuevo caudillo, para vengar la muerte de El-Samah y de Ambeza. Los cuerpos del ejército, expedicionarios árabes, vendrían muy reforzados para evitar los desastres, que justamente promovía esta nueva incursión. En

estos momentos, Carlos Martel, al otro lado del Loira, era para Eudo tan terrible enemigo como los árabes.

De los destrozos cometidos en sus expediciones, nos dá idea lo que se cuenta de Abderramán, en una de ellas; su ejército se había apoderado de una estatua de oro, adornada con perlas, jacintos y esmeraldas. Después de su división, reservando el quinto, fue repartida entre los que intervinieron para lograrla. Reprendida esta conducta por el gobernador de Africa, le respondió, como hombre de bien y con serenidad, enumerando estas palabras del Koran: "Si los cielos y la tierra fueran pedazos unidos, Alláh, los hubiera establecido como parte de herencia para los que le temen". El botín fue tan fabuloso, como para despreciar el oro, cuyo valor y peso disminuyó lógicamente la eficacia de su movilidad maniobrera, tanto que el propio Abderramán propuso muy acertadamente deshacerse de él.

El duque Eudo, que se esforzó inúltimente para detener esta avalancha, en la confluencia del Dordoña y el Garona, pero rebasaron este último, tomando Burdeos trás encarnizada y sangrienta batalla, saqueando y quemando conventos, monasterios y pasando a sus habitantes sin piedad a filo de espada. Debió morir en la refriega algún personaje importante que no se cita, posiblemente el conde de la ciudad y que los árabes, creyendo fuese Eudo, le concedieron el honor de cortarle la cabeza. Los ejércitos aquitanos, quedaron seriamente diezmados.

Son muy dudosos los datos que existen de la destrucción de un poderoso ejército, según expresa la crónica de Moissac. Mejor suerte, por menos asaltantes y quizá por más eficaces defensas, cupo a la ciudad de Sena, que resistió el asedio de algunos días, parece que dirigida su defensa por el Obispo Elbón.

No fueron eficaces las actuaciones de los diversos grupos que recorrieron vandálicamente la llanura. Dato curioso citado con frecuencia, era un plano, posiblemente rudimentario, del que Abderramán se servía para localizar a todos sus grupos.

Agotados sus medios ofensivos y defensivos, Eudo, buscó apresuradamente a su antiguo enemigo, con el propósito de actuar unidos en la defensa, contra peligro de tal magnitud. Carlos aprovechó esta circunstancia para hacer jurar a Eudo, el reconocimiento de su soberanía y fidelidad, dándose cuenta al propio tiempo

de que si no se le ponía un dique a aquel torrente impetuoso, Francia entera sería invadida y arrastrada a la ruina. Reunió a sus guerreros francos, borgoñones, galo-romanos y germanos de más allá del Rin, dirigiéndose al Loira.

Los cronistas árabes hablan del sitio y asalto de la ciudad de Tours, en cuya catedral vieja, sede del taumaturgo San Martín y del ilustre San Gregorio, se guardaba uno de los tesoros más fabulosos del reino franco. En cambio, los cronistas cristianos no citan la rendición de la ciudad, presumiendo quedó íntegro el tesoro de San Martín.

Dice S. Creasy, que la toma de Tours, significaba dominar el paso del Loira, como acceso a la Galia superior, privilegio que no llegaron a alcanzar los árabes. Después de saquear e incendiar la catedral de San Hilario, de Poitiers, se dirigieron, como hemos indicado, a Tours, en busca de sus acumuladas riquezas. Pero antes de franquear el río, supo Abderramán que los francos le saldrían al encuentro. Quizá fuese atrevida la actitud de Carlos, según el historiador inglés Hallán, jugándose la suerte de Francia a una sola carta, porque sabía de antemano el potencial combativo de las fuerzas musulmanas.

Sismondi y Michelet, antiguos historiadores, no supieron dar el valor que tenía "la gran llamada de guerra entre los Caballeros de la Cruz", habiendo preterido algo la acción heróica o de gran intuición militar que desplegó Carlos Martel, no sólo en este hecho memorable, sino a lo largo de toda su vida. Gibbón, dedica varias páginas a la batalla, llegando a afirmar que de no haber sido detenidas y aplastadas las huestes musulmanas, se daría todavía enseñanza del Koran en la Universidad de Oxford.

En este peligro para el cristianismo, un príncipe de rama germana Karl Martell, los mantuvo con energía. En contraposición a estos hechos, debe hacerse constar que el paso de los árabes, no fue solamente destructor, sino que fueron portadores de la cultura de todos los pueblos conquistados y más significados en la Edad Media, irradiando a través de sus dos grandes centros culturales, Bagdad y Damasco, como asimismo de los elementos arameos y hebreos, griegos y persas, indios, turcos y hasta chinos y japoneses, sintetizando uno de las más bellos capítulos de la historia, de difusión o penetración intelectual.

Los árabes en su propagación por territorio entre el Garona,

traspasaron este río, penetrando en Borgoña, llegando hasta Autum y Sens, devastando cuanto encontraban a su paso: campos o monasterios y saqueando y asesinando a mansalva.

Su objetivo principal, era Tours y más concretamente San Martín de Tours, cuya fama de grandes tesoros y riquezas sacras conocía Abderramán con bastante aproximación. Cuando llegó frente a Tours, recibe la noticia de que Carlos, unido a Luitprando, rey de los longobardos, marchaba a su encuentro con muchos batallones. Allí concentra sus fuerzas y al comprobar que estaban encerrados sus habitantes y en orden de defensa, la evadió, después de tomar un arrabal, donde se encontraba la iglesia de San Hilario, prendiendo fuego a ella y al arrabal, para después dirigirse a Tours y a Poitiers.

Todos los historiadores están de acuerdo en que el innegable genio de Abderramán, invitaría a sus soldados a deshacerse del lastre que soponía el cuantioso botín que llevaban, porque media tizaría o impediría la libertad de movimientos durante la batalla; pero no llegó a realizarse este idea, esperando a los francos entre el Vienne y el Claín. Según otros, más cerca de Tours o junto a una vía romana 20 kilómetros al Nordeste de Poitiers, seguramente la actual localidad de Moussais la Bataille, no muy lejos de donde 225 años antes, Clodoveo había vencido a los visigodos, en las proximidades de Miré, (Landas de Carlomagno) y como años después sería también escenario de otra batalla entre franceses e ingleses.

Era septiembre-octubre de 732 Los dos ejércitos pasaron una semana próximos el uno al otro, sin llegar al combate. Durante esta pausa Abderramán trasladó su botín al Sur y Carlos esperaría la llegada de las levas.

El Jefe sarraceno, huyendo del encuentro en la llanura, retrocedió a más ventajosa posición, y durante varios días las dos masas de hombres se contemplaron mutuamente.

A buen seguro que ninguno de los dos combatientes tendría una exacta idea de la responsabilidad y trascendencia del encuentro, al enfrentarse religiones diametralmente opuestas, en las que se decidiría de forma radical el futuro. La tensión por ambas partes era intensa. Cada uno sabía las condiciones ventajosas del contrario. Los francos, tenían referencia de la rapidez de movimiento y coraje de la caballería y los islámicos supondrían de la fortaleza e inexpugnabilidad de los galos.

Batalla de Poitiers. Museo de Versalles (anónimo)

El carácter netamente ofensivo de la fuerza musulmana, sin posibilidad de actuar defensivamente, les obligaba a tomar la iniciativa, cualquiera que fuese, la situación en que se encontrasen. Abderramán, por lo tanto, se vió ante el imperativo de atacar.

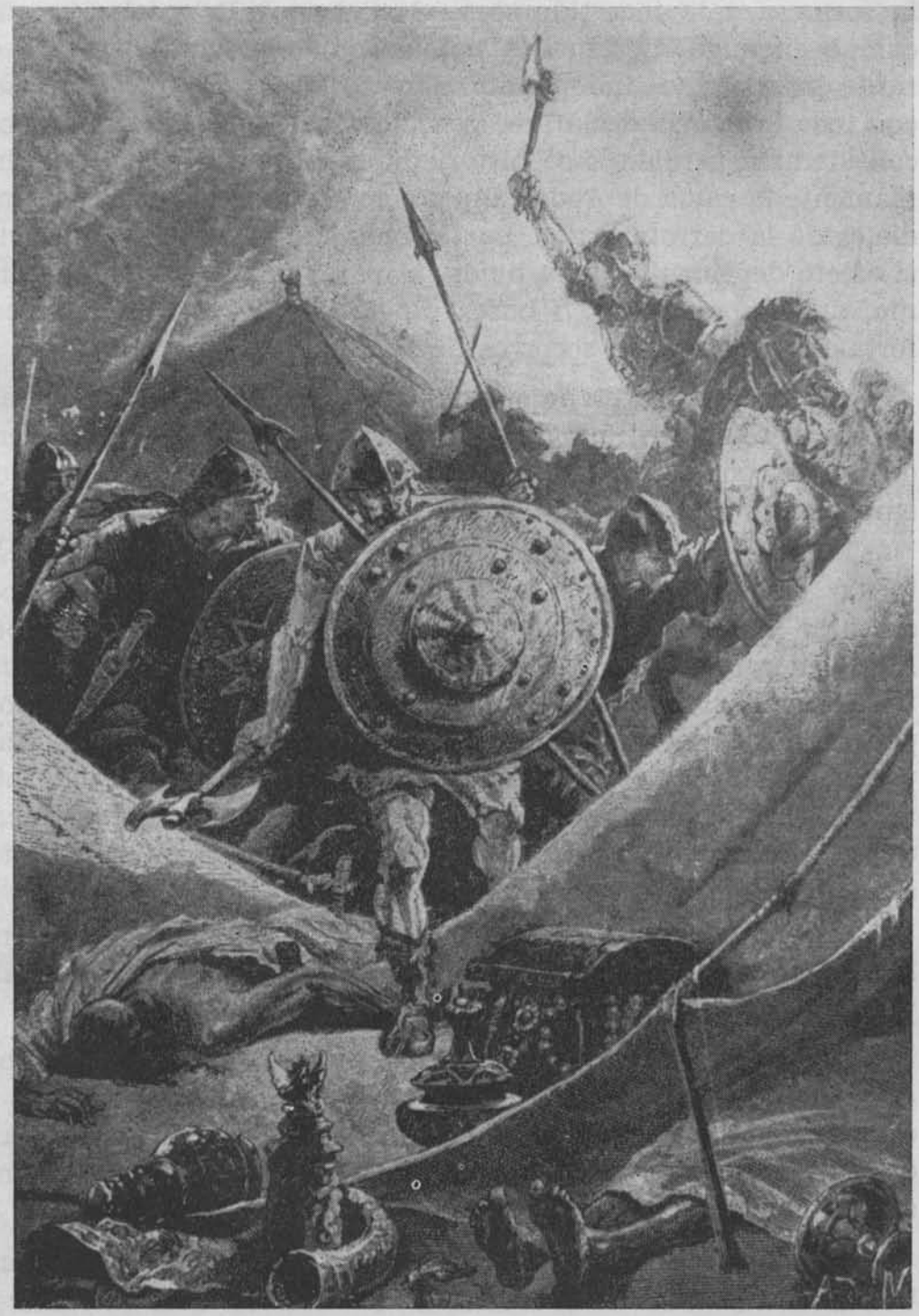
Las tropas de Carlos Martel, del duque Eudo y de Luitprando, presentaron batalla y fieles a su técnica tan inimitable como primitiva, lo hicieron agrupados en compactos batallones, por grupos de 80 hombres de frente y 18 de profundidad, verdaderos erizos de lanzas y arcos donde se desharían los ataques de los sarracenos, pese a ser por diversos puntos y con gran movilidad.

Después de 8 o 9 días, una mañana de septiembre-octubre, Abderramán dispuso el ataque con una furiosa carga de caballería, que se repitió una y otra vez. Pronto se dieron cuenta de que aquella muralla de hierro era invulnerable e inconmovible. El "Anónimo de Córdoba" dice: "Los hombres del norte estaban allí como muros sólidos o murallas de hierro". El primer día, los jinetes musulmanes se lanzaron valientemente sobre las líneas francas, cayendo muchos de uno y otro bando. La noche, replegó en su lugar a cada uno de los dos ejércitos combatientes. Al despertar la aurora, los musulmanes volvieron incansables a presionar en un fuerte ataque las filas de los francos, llegando hasta el centro donde se encontraba Carlos Martel.

Los austrasianos, fuertes y de mano poderosa, atacaron con furia, encontrado y dando muerte con ensañamiento, al ilustre gobernador árabe, posiblemente a la caída de la tarde.

Eudo y sus tropas aquitanas, envolvieron uno de los flancos musulmanes, llegando a su campamento Por ello, quizá no fuese infundado el rumor que corrió durante la batalla, de que un cuerpo de ejército franco buscaba las riquezas acumuladas, en las que tantas esperanzas habían puesto; creyendo, por tanto que su botín estaba amenazado, volvieron a defenderlo, desorganizándose la ofensiva árabe, con menoscabo de su resistencia, que cedió ante la gran estatura de los francos y la solidez de sus armaduras. Muchos árabes cayeron en esta primera fase de la lucha, entre ellos el propio y decidido emir gobernador, cuando acababa el día. La proximidad de la noche, hizo que prudencialmente cada uno de los dos ejércitos se replegase a sus bases respectivas.

A la madrugada del día siguiente, los francos pusieron en marcha su ejército para reanudar el combate, encontrando entre



... Los árabes habían huído silenciosamente durante la noche ...

la sorpresa y la incertidumbre, el silencio y la desolación en el campo enemigo. Los árabes habían huído precipitadamente durante la noche, abandonando cuantioso botín, lo que significaba con toda evidencia declararse vencidos, aunque la batalla no podía considerarse perdida. Los historiadores europeos, relacionan íntimamente la caída de Abderramán como una de las causas primordiales de la derrota árabe. La retirada fue silenciosa, para evitar el efecto deprimente de la huída, al pasar por tierras de Septimania, antes sometidas, en busca de Narbona, y al amparo de su fortaleza, esperar los socorros de España.

Los francos, sorprendidos de esta huída inexplicable se resistieron a creerlo, estimándola al principio como una estratagema, quedando, por tanto, sobre aviso en prevención de caer en una emboscada.

No fueron perseguidos, porque nadie esperaba aquella resolución tan sorprendente. Además, por la dificultad de poder alcanzar a fuerzas montadas tan ágiles, después de tantas horas. Ello armonizaba con la conveniencia de recuperar el botín cuantioso abandonado, aprovechando esta oportunidad para recompensar a sus mesnadas. Y, además, en opinión de Cyril Falls, porque la política de Carlos no era propicia a dejar a Eudo totalmente libre de la presión mahometana, amenaza que justificaba a los francos, para seguir con el dominio de Aquitania. Cumplidas estas premisas, volvieron a cruzar el Loira.

En opinión de los historiadores, tanto árabes como cristianos, la batalla de Poitiers ha sido confundida con la de Tolosa, atribuyendo a una las características de la otra y viceversa.

Los autores árabes confiesan su derrota, diciendo que Abderramán sufrió el martirio junto a muchos de sus soldados en esta terrible batalla. En el Ramadán del 114 (23 de octubre a 23 de noviembre del 732), llamando a esta batalla de deshonroso derrumbamiento, "Calzada de los Mártires".

Los vascones, debieron aprovechar tal desastre, para recuperar su independencia, pues consta por la crónica mozárabe del 754 y por A. H. 'Mab al-Razi y por Ibn al-Atzir, que Abd al-Malik Ibn Katán, intentó someterles sin éxito en los años 733 o 734

Se afirma concretamente que la incursión de Abderramán no era una guerra de conquista, para establecerse en el país invadido,

sino solamente llevar la rapiña, la devastación y la venganza a las tierras donde habían encontrado la muerte sus predecesores.

Véase la composición aproximada de los diversos grupos que integraban este cuerpo de ejército:

1.º — Fuerzas suministradas por la población árabe y bereber, instalados en España, después de la conquista y valorable aproximadamente en 40 a 45.000.

2.º — Arabes llegados de Egipto, calculados en 5 o 6.000.

3.º — Tropas arábigo-africanas, más numerosas, estimándolas en 10 a 12.000.

4.º — Un grupo relativamente pequeño de aventureros voluntarios de todo el imperio califal, atraídos por el botín, verdaderos leudes o guerreros profesionales, valorables en unos cuantos millares.

Usaban poco el arco, pero sí la lanza y la espada. No utilizaban armadura. Gran cantidad de mulos seguían al ejército, más para el transporte del botín que de los víveres, puesto que era un ejército que solía vivir sobre el terreno. Algunas provisiones suponemos llevarían, puesto que uno de los puestos o cargos importantes en ellos era el de intendente.

Por todo ello, Fouriel, calcula de 65 a 70.000 combatientes, cifra respetable en nuestra opinión que, aunque quizá pueda ser exagerada, siempre alejaría la idea de estar concebida con el sólo propósito de una operación de rapiña y destrucción. Mejor lo creemos como una operación regular, de un imperio que viene extendiéndose desde la frontera china, invadiendo el Asia Menor, todo el Norte de Africa y España. Poco tiempo después, esta unidad de acción se deshace en su estructuración y entonces sí se convierte en grupos aislados que actuarían con independencia, sin sujeción a más orden que el azar

Cuando se analizan las cifras de los que intervenían en dichas batallas, dán la impresión de ser algo exageradas. Meseray, hace observar "que los que improvisan sobre el papel tan prodigiosos ejércitos, no han visto en toda su vida 300.000 hombres formados en batalla". Y a este respecto, cuando comentaba estas cifras con el Dr. Chalmeta, siempre respondía acertadamente: "Menos moros, menos moros".

En cuanto a las fuerzas del ejército franco, eran tan nume-

rosas como las árabes, con una mayoría galo-romana, gran parte de europeos (europenses en opinión del "Anónimo de Córdoba") e integrándolas hombres que hablaban lenguajes diferentes, así como también escogida selección de Austrasia, muy bien armados, decididos y valientes.

La infantería era el arma principal. Había dos clases de combatientes: la hueste particular del general, utilizada de contínuo, partícipes en el botín y otras recompensas y las levas locales, milicias de hombres perfectamente equipados.

La caballería era poco utilizada en el ejército franco, excepto en los aristócratas y aún así sólo en marchas distantes. En cambio, se prodigaban las armaduras. En 574, se criticaba al obispo Sagitario por ir a la guerra provisto de una coraza y yelmo, en vez de las insignias de la religión. El escudo era de uso general, y las armas comunmente empleadas eran espadas, hachas tanto para hendir como para ser arrojadas (la francisca), puñales, venablos, etc.

Aunque su técnica era primitiva, estaban llenos de lógica. Gibbón, refiere una carta que Carlos dirigió a Eudo aconsejándole: "Si seguís mi consejo, no interrumpiréis su marcha ni precipitaréis el ataque. Son como un torrente, al que más vale no detener a la mitad de su curso. La codicia de riquezas y la certidumbre de su éxito, redoblan su coraje y éste tiene más valor que las armas o el número. Sed paciente, hasta que se inmovilicen ellos mismos con el fardo de su botín. El ansia de oro acabará por dividirlos y os asegurará la victoria".

Se dice en las crónicas, que posiblemente era la primera vez que los árabes se habían enfrentado con un ejército tan fuerte y refulgente, tanto, que les provocó admiración y estupor

El duque Eudo, con el juramento de fidelidad a Carlos Martel, contribuyó a consolidar un nombre que en lo sucesivo recordaría el triunfo o martillazo, que había asestado a las fuerzas árabes. Pero poco después continuó la imprudencia de provocar a Carlos, pretendiendo medir desafortunadamente sus fuerzas con éste. Eudo (o Eudes) murió en 735 a la edad de 66 años, de pesar, aunque otros dicen que en su despecho, se hizo monje. Carlos invadió la Aquitania y obligó a sus hijos, sobre todo a Hunaldo, su sucesor, que mejor aconsejado que su padre, prestó juramento incondicional a Carlos.

Muerto Abderramán, le sucedió Abde-l-Melic ben Katán, viejo árabe fanático, afiliado al partido medinés, amonestado por su inactividad en las Galias y con el deseo de enriquecerse a costa del dinero de los tributos de los españoles. No modificó su actuación a pesar de disponer de un gran ejército, organizado en Córdoba, no consiguiendo aniquilar la resistencia de los núcleos pirenáicos. El "Anónimo de Córdoba", le concede algunos pequeños éxitos. Fue vencido por los sirios en la batalla de Harra (683).

En 734, dos años después de Poitiers, fueron objeto de represalias Narbona en Provenza, San Remí y Avignon, conservándose durante finales del siglo IX y todo el X la Provenza y el Delfinado.

Fue sustituído por Okba ben Al-Hachelah el Calulí en Xawal (3 de noviembre a 1.º de diciembre de 734).

Carlos, en su deseo de consolidar el reino franco, se propuso incorporar la Provenza, los territorios del Borgoña antiguo (entre Alpes y el Ródano), saliendo victorioso y en 4 años se posesionó de Lyon, Vienne y Valence, de cuya administración encargó a leudes de gran confianza, manteniendo el orden y siempre prestos para detener cualquier agresión de los árabes.

La crónica de Moissac, refiere que Mauronte, el más poderoso e independiente de estos jefes, no tuvo inconveniente en aliarse con el gobernador árabe de Narbona, Yusuf ben Abd Al-Ramanh, que con numeroso ejército no se limitó a la defensa de la Ciudad solamente, sino que por cuenta propia tomó Arlés, Saint Remy, Avignón (734), sembrando el terror durante cuatro años en Provenza y en la provincia arelatense, pretendiendo expulsar a los árabes de Septimania, que no consiguió en su totalidad, porque una sublevación de los sajones le llevaron a la Galia septentrional. Pero al liberarse de ellos en 739, con un nutrido ejército franco, borgoñés y locales, tomó por asalto Avignón y pasando el Ródano, puso sitio a Narbona, derrotando a un numeroso ejército a las órdenes de Amor Ibén Arlet, sobre el río Bene, sufriendo los árabes un gran descalabro. Por esta época, se produce la rebelión de los bereberes, precisando los árabes recabar la ayuda del ejército sirio de Africa. En la última etapa del valiazgo de Yusuf, los árabes de la Galia debieron encontrase aislados de los españoles.

El gobernador de España Okba, envió un ejército para liberarla, pero fue vencido por el caudillo franco. A pesar de ello y de

acuerdo con una moderna concepción, (Anales de Metz), Narbona no fue arrebatada a los árabes hasta el año 752 por Pipino el Breve, después de tres años de asedio. Pero según el Cronicón Moisiasense, no se efectúa hasta el 759, teniendo que respetar las leyes godas, por lo que hubieron de dar muerte a los sarracenos que había en la ciudad; terminando así, después de haber sido baluarte para las incursiones árabes por el valle del Ródano.

Refieren los historiadores árabes, de común acuerdo, que Abde-Melic ben A'bde-l-wahid ben Mogueits, al frente de numeroso cuerpo de ejército, se dirigió a las Galias, fracasando en los intentos de tomar Garona y Narbona, cuyo sitio hubo de levantar, pero conculcando de paso el país de Cerretania (Babitania en Almakkari) alrededor del año 793, señalándose hubo un duro encuentro entre franceses y árabes.

Interesado Alhaken totalmente en la rebelión de Mérida (octubre de 809 a octubre de 810), fue aprovechada esta circunstancia para organizar un duro ataque fronterizo y se refiere la impresión producida por las reiteradas lamentaciones de una prisionera cordobesa que exclamaba ¡Al-Haquen, acude a socorrernos!

No hay noticias de más expediciones de Okba y debieron de ser más, por haber sido proclamadas con el carácter de guerra santa.

A partir de esta fecha, las correrías serían exclusivamente iniciativa de los grupos regionales, en la más completa libertad de acción. El deber religioso del Chihad y la ilusión del saqueo, movería aquellos grupos de aventureros árabes, bereberes y renegados europeos, en la mayoría de los casos de difícil filiación.

En 890, una de estas expediciones heterogéneas de origen indeterminado invadió las costas de Provenza por Saint Tropez, sosteniéndose casi un siglo en la roca Fraxinetum (actualmente La Garde Frainet) extendiendo sus correrías a Aix y Marsella por un lado y del otro, atravesando los Alpes por el Delfinado y Saboya, para pasar a Suiza y al Piamonte, sufriendo terribles incursiones el monasterio de la Movalesa, poniendo en marcha una tercera campaña a lo largo del Ródano. De la Novalesa se corrieron a Acqui, e inclusive Génova. Nada nos dicen los cronistas árabes de estas incursiones, estimándolas como naturales para el cumplimiento del "bellum perpetuum" como castigo de infieles ordenado

Carlos Martel entre dos pajes
Miniatura de las Crónicas de Francia
(Biblioteca Nacional. París)

por el Korán. Posteriormente, Guillermo I de Provenza, recibió el nombre de "Padre de la Patria", por haber logrado destruir esta colonia instalada un siglo antes y centro, como ya hemos dicho, de las correrías por Italia y Francia, siendo arrancados materialmente de sus refugios alpinos, como San Bernardo o costeros como Fraxinetum, poniendo fin a sus homicidas incursiones.

* * *

Los grandes gastos ocasionados con las guerras continuadas, obligaron a Carlos, como ya hemos dicho, a incautarse de los bienes religiosos, provocando la natural contrariedad, sin que por ello retirase su eficaz apoyo a la Iglesia. Buena prueba de ello, fue la carta de presentación entregada a Bonifacio, donde con gran admiración contaba las virtudes de este apóstol, conquistador de la fé en Alemania, de tal intensidad que llegó a reunir trece obispados, con sede en Maguncia, fundando además muchos monasterios y abadías que irradiaron la cultura religiosa y despertaron la fé de muchos creyentes y misioneros.

En 722, el Papa Gregorio II, escribe a Carlos Martel: "Sabiendo bien el espíritu religioso que anima al duque glorioso de los francos, solicita de él ayuda y apoyo en favor de San Bonifacio, en trance de sembrar el evangelio en tierras germánicas". Y Carlos contesta expresando la admiración y respeto del misionero, que acoge bajo su custodia y garantía. Diecisiete años más tarde, Gregorio III, rinde un hermoso homenaje escribiendo a San Bonifacio: "Gracias a los esfuerzos y apoyo de Carlos Martel, príncipe de Francia, Dios se ha dignado vuelva al seno de su Iglesia, la mitad de este país".

Las relaciones entre la Iglesia y los Pipinidos, eran excelentes, pero hubo el riesgo de comprometer esta armonía por dos incidentes: Carlos, como ya hemos indicado, para equipar a sus tropas, requisó parte de los bienes de la Iglesia, y para los generales, agregaba el derecho de darles bienes de abades y de obispos. El papado, amortiguó la desilusión que produjo esta actitud, frenando la violencia del clero francés y quedando bien patente que la actitud diplomática de Carlos era mucho más habilidosa, puesto que si en algún momento llegó a abusar de los bienes de la Iglesia, al final lo transformó en una poderosa reserva.

Arrojo de Pipino el Breve

Tanto se extendió su fama de protección, que inclusive Gregorio III solicitó su ayuda contra Luitprando, momento difícil que resolvió con habilidad y lógica, porque este rey de los Longobardos, había luchado junto a Carlos Martel para expulsar a los árabes de Provenza. Por ello, envió a Su Santidad dos emisarios bien calificados, con ricos presentes para los sepulcros de los apóstoles e intercedía a la vez, pidiéndole a Luitprando, una actitud transigente con Gregorio III.

Carlos restableció con energía su prestigio, obligando a estarse quietos (723) a sajones y frisos. En 724 decidió en Baviera una contienda entre los agilurfinjos Huberto y Grimoaldo y con este motivo tomó consigo a la princesa Senequilda, joven bellísima que formaba parte del botín, como rehen, oriunda de una de las familias más distinguidas de Baviera, de la que se enamoró Carlos Martel, casándose con ella. La campaña siguiente en Baviera, fue en 728.

Y entre todas las circunstancias desfavorables se puso en escena Grifón o Gripón, hijo de este matrimonio, complicando la actuación de sus otros dos hermanos.

Poco tiempo le restaba a Carlos, para desarrollar esta política de respeto y transigencia, porque el 22 de octubre de 741, falleció en Kiersy-Survise, a la edad de 52 años, gastado por la fatiga, trás una etapa achacosa e indiferente para todas las actividades militares. Gibbón dice: "Los méritos quedaron relegados al olvido y tan sólo se recordaron sus sacrilegios". Y hasta hay quien dice sarcásticamente que al abrir la caja, apareció un dragón.

Después de tanta lucha y sacrificio para conseguir la hegemonía de Francia, rechazando tanto a germanos como a árabes, dejó un problema de sucesión al dividir entre sus dos hijos legítimos, lo que tanto trabajo le había costado unificar.

De uno de ellos, llamado Pipino el Breve, por ser de corta estatura, aunque fuerte y vigoroso como un roble, se cuenta que en los primeros años de su reinado, presenciaba en las arenas de la abadía de Ferriere en Gatinaís, la lucha de un toro más o menos salvaje con un león, y como el primero llevase la peor parte y en inminencia de ser vencido preguntó: ¿Quién de vosotros se atrave a socorrer a ese toro? Todos se miraron sorprendidos y como ninguno se atreviese a ello, saltó al coso y de un mandoble, cortó la cabeza al león y hasta hirió al toro en el cuello. A renglón

seguido preguntó: ¿Soy digno de ser vuestro soberano? y en efecto, además de aquella condición de fuerza y de valentía, fue justo, prudente y astuto, tanto como para augurarle un feliz mandato, si no hubieran empezado pronto las divergencias entre ambos hermanos, las insurrecciones entre sajones, bávaros y alamanes y el despertar de nuevo los deseos árabes, hasta entonces contenidos, de recuperar la Septimania.

* * *

El encuentro de Poitiers, se ha deformado al llevarlo fuera de la realidad, convirtiéndolo en un mito, que detuvo el avance musulmán en Europa, haciendo que ésta no presenciase el paso victorioso de las huestes muslímicas hacia Constantinopla, descalabro que no puso término a las correrías de los árabes, conservando durante algún tiempo, bastantes poblaciones de la Septimania.

El objeto de la expedición musulmana, no pudo ser nunca la conquista, sino el saqueo, pero la historia que califica e impone la trascendencia de los hechos a posteriori, apellida este campo de batalla "Selciato dei Martiri" o "Balat al Suhade", como lo apellidaron los árabes.

Los carolingios crearon y fomentaron este mito, para elevar el rango de su dinastía, cuando realmente la decadencia fue un fenómeno biológico natural, porque el inusitado despliegue de sus fuerzas, había ido agotando sus posibilidades de organización, cada vez más difíciles por dispersas y heterogéneas, frente al ejército franco, que no había perdido las virtudes militares precisas, para deshacer el esfuerzo desesperado de aquella "prodigiosa cabalgada que, partiendo de los desiertos de Siria, venía fatigada, como las olas de una amplia marea, a morir en el centro de las Galias" (Marqués de Lozoya).

Su importancia como batalla decisiva, ha sido exagerada y un estudio reciente, la minimiza diciendo fue para los musulmanes una razzia que salió mal. (La Cointé, citado por Lot en Revue Belge de Philologie et d'histoire, 26) (1.948-35-39).

Los monjes parciales, estimaron las pérdidas cristianas en 1.500 hombres, asignándole al ejército árabe la disparatada cifra de 300.000 bajas. Que no existió tan enorme desproporción, lo

demuestra el hecho de que Carlos Martel, consideró prudente suspender la persecución, dejando a los islamitas escapar tranquilamente. Las otras razones, ya las indicamos. El criterio debió ser definitivo por el momento, puesto que permitió que sus propias mesnadas se reintegrasen a los bosques germanos

Teniendo en cuenta estas circunstancias y simultáneamente la alarma por la sublevación en Africa y la negativa de los pueblos de oriente a pagar los tributos, estimaron como medida prudente, enviar un general prestigioso a España, para recoger y agrupar los restos del ejército de la retirada, reincorporándolo a través del Estrecho de Gibraltar. Reconocimiento tácito de su descalabro, dejando a Carlos consolidar sus posiciones, saboreando la victoria y el poderío. Derrota que no afectó, tanto como se quiere indicar, a los árabes, porque ellos continuaron en la plenitud de sus incursiones.

Según Montgómery Watt, Poitiers hizo la voluntad de conquista de los musulmanes más débil que la de resistencia de los francos. El avance a lo largo del Ródano y en general hacia Francia, no era ya deseable. Las reiteradas victorias de Carlos Martel, habían demostrado a los árabes, que los objetivos no eran provechosos y aunque ellos estaban dispuestos a luchar ilusionadamente, no lo era tanto como para sacrificarse cuando el riesgo o imposibilidad, eran conocidos apriorísticamente.

El que debía tanto a la guerra, era lógico crease una orden de caballería, para exaltar y distinguir a los valientes que le habían acompañado en la lucha. Por ello, Carlos Martel, fundó la Orden de la Gineta, cuyos atributos eran tan sencillos como su leyenda: ensalzar a los humildes, sacándolos de la oscuridad del anonimato, para presentarlos cubiertos de gloria.

Marcel Baudot (en su trabajo, París, 1955), pone en duda la fecha de la batalla, admitida universalmente, refiriéndola al año 733 y como estima que también es imposible afirmarlo con exactitud, propone designarla 732-733, hasta tanto pueda ser dilucidado con certeza. Es opinión unánime admitir alrededor de estos hechos, dos fechas seguras: 1.ª la venida de Yahya ben Çalama, que empezó su gobierno en Xawal de 107/febrero-marzo de 726. Y la 2.ª la muerte de Abderramán el Gafekí en Poitiers en el Ramadhan de 114/octubre 732. Entre un hecho y otro median seis años y

once meses y en este lapsus hubo seis gobiernos incluídos los de ellos, por lo que parece confirmarse la certeza de ser el año 732.

No hubo revelación como la de Abú-Yusuf, príncipe de los creyentes, que después de estar orando toda la noche, contempló que había una puerta en el cielo, saliendo un caballero sobre un caballo blanco, portador de una bandera verde, expresándose: "Soy el Angel del séptimo cielo y vengo para anunciarte en nombre de Alah, la victoria a tí y a los guerreros que sigan tus estandartes sedientos de martirio y de las celestiales recompensas". Se cumplió en ellos la profesía anunciada por el poeta Ibn-al-Faradi, que murió como mártir en la toma de Córdoba: "Todo el que es herido en los combates de la fé (y bien sabe Dios reconocer las heridas que se han recibido por su causa) aparecerá el día de la resurrección, con sus heridas sangrantes y con aroma de almizcle".

La gran aventura mística y guerrera del Islám, quedó envuelta en multitud de leyendas, como todos los hechos distinguidos por la gloria inmarcesible, al realizar uno de los movimientos culturales más significativos de la Edad Media europea y concretamente de España, merced a un extraordinario proceso de asimilación, escribiendo así uno de los capítulos más esplendorosos de la historia intelectual de Occidente.

Termino agradeciendo al Excmo. Sr don Dalmiro de la Válgoma, Académico y Secretario Perpétuo de la Real Academia de la Historia, haber iniciado mis primeros pasos; al Dr. Chalmeta, por sus consejos y referencias, y a ustedes, que han dado prueba de su bondad, soportando estas divagaciones pacientemente.

BIBLIOGRAFIA

1. — Ramón de Abadal y de Vinyals. El Paso de Septimania del dominio godo al franco a través de la invasión sarracena.

2. — Ramón de Abadal y de Vinyals. La expedición de Carlomagno a Zaragoza en 768. Coloquios de Roncesvalles. Zaragoza-Barcelona 1956.

3. — Abelnacotía El Cordobés. Historia de la Conquista de España. Academia de la Historia. Madrid, 1926.

4. — Ajbar Machmuá. Colección de obras arábigas. Academia de la Historia. Tomo I. Traductor Emilio Lafuente Alcántara. Madrid, 1867.

5. — Rafael Altamira y Crevea. Historia de España y de la Civilización española. Tomo I, 3.ª edición. Barcelona, 1913.

6. — Dr. José Alvarez Sierra. El Dr. Blanco Soler y su Epoca. E. P. E. S. A. Madrid, 1964.

7. — L. P. Anquetil. Historia de Francia. Continuada desde la revolución de 1789 hasta nuestros días por Germán Sarrut. Biblioteca Nacional. Publicada bajo la dirección de D. Antonio Fernández de los Ríos.

8. — Carlomagno. Grandes de todos los tiempos. Edit. Prensa Española.

9. — J. Antonio Conde. Historia de la Dominación de los Arabes en España. Madrid, 1875.

10. — D. Francisco Codera y Zaidín. Discurso de recepción en la Real Academia de la Historia. Dominación arábiga superior, 30 abril de 1879. Contestación del Iltmo. Sr. D. Vicente Lafuente. Madrid, Imprenta de los Sres. Rojas, 1879.

11. — D. Francisco Codera y Zaidín. Narbona-Gerona y Barcelona, bajo la dominación musulmana. Est. Crit. hist. aráb. españoles (VIII). Págs. 277-341.

12. — D. Francisco Codera y Zaidín. Límites probables de la conquista árabe en la Pirenáica. Est. Crit. histo. aráb. españoles (VIII). Páginas 235-76.

13. — Eduardo G. Creasy. Las batallas decisivas en la historia del mundo. J. Gibert. Ed. S. Sebastián, 1940.

14. — Maurice Rouset. Historia General de las civilizaciones. Vol. III. La Edad Media, por Edouard Perray. Ed. Destino. Barcelona. 1.ª Edición 1961.

15. — Diccionario de Historia de España. Tomo II. Revista de Occidente. Madrid, 1952.

16. — M. Dieulafoy. Journal des Savant. 1912.

17. — M. Dieulafoy. La dominación arábiga en la frontera superior y en la Galia Meridional, años 711 a 815. Discurso de recepción en la Real Academia de la Historia.

18. — M. Dieulafoy. Coloquios de Roncesvalles. Págs. 97-188.

19. — R. Dozy. Historia de los musulmanes de España. Colección Universal. Madrid-Barcelona, 1920.

20. — Enciclopedia Espasa. Abderramán ben Adallah al Gafakí.

21. — Cyril Falls. Las grandes batallas decisivas del Mundo Occidental.

22. — José Fernández Cuenca, S. J. In memoriam. Hijo predilecto de Dios. Carta abierta a don Rafael Enríquez Romá. Córdoba, 1956.

24. — Gawal-Abd Al-Karín. "Al-Andalus", en el "Mu Jam Al-Buldan" de Yäqut.

25. — D. Pascual Gayangos. Memoria sobre la autencidad del moro Rasis. Discurso de recepción en la Real Academia de la Historia. Madrid.

26. — Edward Gibbon. The Decline and fall of the roman Empire. Vol. IV.

27. — Arturo Gilman. Historia de los sarracenos. Traduc. F. Guillén Robles. Madrid. El Progreso Editorial. 1889.

28. — Walter Goetz. Historia Universal. La Edad Media. Tomo III. Espasa Calpe. Madrid, 1933.

29. — Guisot. Historia de Francia. Pág. 158. Nota 1.

30. — Gabriel Hanotaux. Histoire de la Natión Française. Tomo III. Histoire Politique. P. Imbart de la tour. París.

31. — Gabriel Hanotaux .Histoire de la Natión Française. Tomo VII. General J. Colín. Coronel Rebaul. París Société d'Histoire Nationale. Librairie Plon (Plon-Naurit et Cie).

32. — Jean Hubert. Jean Porcher - W. F. Valbach. Traducción Luis Hernández Alfonso. Aguilar. Madrid, 1968.

33. — Edit. Ernest. Lavisse. Histoire de France. Vol. II.

34. — Gustavo Le Bon. La Civilización de los árabes. Barcelona. Montaner y Simón, 1886.

35. —Lecointré. La bataille de Poitiers. Bulletin Soc. Antiquiaries de L'ouest, 1924.

36. — E. Leví. Provençal. La civilización árabe en España. III Ed. Colección Austral. Espasa Calpe, S. A. 1969.

37. — André Maurois. Historia de Francia. Plaza y Janes, S. A. Ed. Barcelona, 1961.

38. — R. Menéndez Pidal. Historia de España. España musulmana. Leví Provençal. Tomos III. IV y V.

39. — M. Mercier. Revue Historique. La bataille de Poitiers. Mayo 1878.

40. — M. Mercier et A. Seguín. La bataille de Poitiers. (Otiques interne et externe de l'Europe. Revue Africaine. Tomo LXXXVII. 1943, Págs. 33-92.

41. — Ignacio Olagüe. Les árabes n'ont jamais envai L'Espagne. L'Histoire. Flammarion.

42. — Philips K. Itti. Historia de los árabes. Razón y Fé, S. A. Madrid, 1950.

43. — Jean-Pierre Alem. Judíos y árabes. Edic. Peninsular. Barcelona, 1960.

44. — Julián Ribera y Tárrago. Discurso de recepción en la Real Academia de la Historia. 6 de junio de 1915.

45. — P. Pedro de Ribadeneira, S. J. Flos Sanctorum de la vida de los santos. Tomo III. Barcelona, 1751.

46. — Daniel Rops. L'eglise des temps barbares. Les grandes études historiques. Librairie Artheme Fayard. París, 1960.

47. — D. Eduardo Saavedra. Estudio sobre la invasión de los árabes en España. Madrid, 1892.

48. — Claudio Sánchez Albornoz. Misceláneas de estudios históricos. León, 1970.

49. — Adolfo Federico Schak. Versión de Juan Valera. Poesía y arte de los árabes en España y Sicilia. Madrid, 1930.

50. — A. J. Saint Másper. Historia de todos los pueblos. Historia de Francia. Barcelona. Imp. Brusi, 1840.

51. — M. Guizot. Historia General de Francia contada a mis nietos. Tomo I. Barcelona. José Espasa.

52. — E. A. Thompson. Los godos en España. Alianza Editorial. Madrid, 1971.

53. — A. A. Vasilev. History of the Byzantine Empire. Págs. 314-15.

54. — Emile Wanty. La Historia de la humanidad a través de las guerras. Completada por Nazario González. Prop. de la Universidad de Barcelona. Ediciones Alfaguar, S. A. Madrid.

55. — Montgomery Watt. Historia de la España islámica. Alianza Editorial. Madrid, 1970.

56. — Prof. Dr. Juan Bta. Weiss. Historia Universal. Vol. IV. Tipografía la Edicación. Barcelona, 1927.